LA INSOLITA ODISEA
por Fernando Ortiz M.

Insólita odisea

Cuando el mundo olvidó mirar al horizonte

POR FERNANDO ORTIZ M.

ÍNDICE ESTRUCTURADO

PRÓLOGO: EL DESTELLO

A las 5:17 AM, del 14 de agosto de 1762, algo cruzó el cielo sobre el Atlántico Norte.

No fue un relámpago. No fue una estrella fugaz.

Fue un suspiro del universo—un destello azul que duró exactamente siete segundos y que ningún astrónomo registró porque todos, en ese momento, estaban mirando hacia otro lado.

En el Gran Galeón, seiscientas almas dormían. Solo cuatro pares de ojos vieron el destello: los de un capitán exhausto que velaba en cubierta, los de dos jóvenes que discutían filosofía en lugar de dormir, y los de una niña de cinco años que se había despertado con sed.

Al amanecer, esos ocho ojos serían los únicos que aún recordarían qué significaba "antes".

Los únicos que sabrían que algo había cambiado.

Los únicos que preguntarían "¿por qué?" en un mundo que había decidido conformarse con el "qué".

PARTE I: EL DESTELLO

CAPÍTULO 1:

EL SILENCIO EQUIVOCADO

El crujir de las jarcias, ese sonido característico de los grandes veleros que martilla con suavidad una melodía marina sobre el tímpano del capitán, fue lo primero que percibió François al emerger del sueño. Los rayos del sol penetraban por la claraboya del camarote, acariciándole el rostro con una calidez perezosa. Había dormido diez horas plácidas, un descanso merecido tras treinta y seis horas batallando hombro a hombro con sus marineros para mantener a flote el Gran Galeón durante el temporal inesperado que los había azotado desde el martes al mediodía hasta la medianoche del miércoles.

Durante ese tiempo no solo había dirigido a la tripulación en las actividades que impidieron que la nave zozobrara, sino que también había socorrido y tranquilizado a las centenas de familias —hombres, mujeres, niños, representantes de todos los estratos sociales, hasta la nobleza— que viajaban en el crucero más grande jamás organizado. Eran las once de la mañana. Se había acostado a la una de la madrugada, una hora después de que terminara la tempestad y de distribuir los turnos entre la tripulación, no sin antes advertir que lo llamaran ante cualquier emergencia.

Tenía la sensación de descanso reparador que predispone a la actividad, aunque hubiera preferido solazarse con aquella "melodía" que lo había hecho recuperar paulatinamente la vigilia. Con un esfuerzo, logró sobreponerse a la tentación de seguir acariciando la almohada.

Se vistió con movimientos lentos, como si intuyera que el mundo había cambiado mientras él cerraba los ojos. La camisa olía a sal y tormenta pasada. Los botones parecían más pesados que de costumbre.

Al empujar la puerta del camarote, esperó el saludo del centinela. No llegó.

En su lugar, un hombre sentado junto a su esposa —ambos con un hijo entre sus piernas— saltó de su asiento, dejando al niño en el puesto. Se dirigió al capitán con notoria preocupación.

—¿Capitán, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Hans, su voz temblorosa—. El barco está a la deriva y la tripulación desconoce totalmente el rumbo. Nadie puede ni quiere orientarse y parece que no se tiene la menor idea de en qué lugar nos encontramos.

François hizo un gesto de extrañeza hacia el interior, para no causar más preocupación en la pareja.

—Ya vamos a resolver esto, todo saldrá bien. Permítame que me entere de la situación, ya conversaremos.

Sin mostrar exaltación, pero con una intranquilidad que le nacía del nivel de responsabilidad que le era inherente, salió, ahora sí, a cubierta.

El espectáculo era increíblemente contradictorio.

Por un lado, el mar y el cielo estaban bellos de forma impresionante. Casi sin temor a equivocarse, François podría asegurar que nunca antes el paisaje marino lo había sobrecogido tanto con su belleza. En medio de un cielo azul celeste, como recién pintado, se dibujaban figuras juguetonas en alto relieve, acabadas intencionalmente por las manos de un artista sensible y bueno, como para conmover el alma de los niños. Estas nubes solidarias domaban la inclemencia del sol tropical, otorgándole a ese esplendoroso día de agosto una paz tranquilizadora.

Una comparsa de delfines danzarines jugueteaba a babor y estribor como si fueran emisarios del puerto, encargados del recibimiento de importantes pasajeros.

No dejaba, sin embargo, de ser impactante lo majestuoso que resultaba la inmensidad del horizonte que rodeaba a la frágil y solitaria embarcación, surcando sin rumbo por un inusual, aunque apacible océano, que parecería sin fin.

Contradiciendo las especulaciones del dominio público de la época —como aquella de los monstruos y serpientes marinos que, supuestamente, se encontraban en la lejana frontera del mundo—, François se sorprendió por la tranquilidad de las aguas. Este océano que habitualmente hacía sentir su presencia como protestando por el abuso de confianza de los hombres que lo habían puesto a su servicio sin consultarle, hoy parecía un gran río sin más perturbaciones que las que producía el barco o los delfines al saltar.

Era la época de las cosas más sencillas, cuando la tierra plana no provocaba muchas perturbaciones al sentido común. ¡Caramba, qué buena época cuando no había que preocuparse por nada! Todo había sido dispuesto con un inicio, una trayectoria y un fin predeterminados por el Creador. Cuando todo era de Su dominio: lo bueno, lo malo, lo feo, lo bonito, la maldad, la bondad. ¡Qué bueno, además, que en la parte filosófica de la vida no había nada que se pudiera hacer!

Todas las inquietudes podrían resolverse de un solo soplo por el arquitecto universal. Por ello, François —un hombre de vasta cultura, de inteligencia desacostumbrada— no había podido romper el yugo de las verdades cosmogónicas de su época. Era, según su propia convicción, un cristiano a carta cabal. Justo, bondadoso y de carácter muy fuerte.

A veces, desde el subconsciente le rebalsaban pensamientos hasta la corteza cerebral que luchaban contra las estrategias fisiológicas destinadas a resguardar su integridad. Estas estrategias, protegiéndolo de las dudas que se volcaban sobre y contra las tranquilizadoras ideas —hechas verdades por la contundencia de poseer la aceptación de la mayoría—, "boicoteaban" ese tipo de pensamientos que merodeaban por su conciencia.

En ocasiones, inclusive, llegaban a despertar ciertas interrogantes que él hubiera preferido no formulárselas. Como, por ejemplo: ¿Por qué los hombres deberían responder por cosas que ellos, por definición, las hacen involuntariamente, puesto que ya todo está escrito, por tanto, decidido de antemano sin su concurso? Pues su destino y el de todas las cosas ya fueron diseñados en el momento de la creación.

No eran solo estas sus inquietudes, pero, consciente o inconscientemente, parecía que en muchas ocasiones apelaba "al viejo truco" del avestruz.

Y luego vio a la gente.

Pasajeros y marineros se mezclaban en un baile absurdo. Un hombre con casaca de noble negociaba con un pescador por un trozo de pan seco. Una mujer cantaba desafiando al vacío del horizonte. Un joven frotaba la misma tabla de la cubierta, una y otra vez, con devoción de monje. Entre esa selva de hombres y mujeres que se movían de un lugar a otro sin ningún oficio acorde con la situación, reinaba una especie de embriaguez colectiva.

Nadie miraba al mar. Nadie miraba al cielo.

Nadie parecía recordar que estaban perdidos.

François se quedó inmóvil, observando. Nada antes había logrado que hiciera un gesto de admiración e incredulidad como aquel de cerrarse los ojos con los puños cerrados, tirando la mitad superior del cuerpo hacia atrás, en señal de desconcierto.

Luego avanzó lentamente, investigando, como deseando encontrar a alguien que tuviera todavía la capacidad de distinguir lo que estaba pasando con la realidad exterior. Es que, entre otras cosas, nadie dio muestras de deferencia a las que estaba acostumbrado por ser el dueño del barco, el que podía decidir la suerte de todos los de a bordo o resolver las situaciones difíciles. Más bien, percibió una total y absoluta indiferencia ante su aparición, como si se tratara de un fantasma —invisible, imperceptible— o simplemente uno más cualquiera.

¡Qué día más extraño! Todas las cosas estaban ocurriendo como nunca. ¿Era demasiada coincidencia o todas eran consecuencias mutuas?

Por fin, entre esa multitud, encontró una mirada todavía de cordura y expresividad. Era un joven de ojos demasiado claros para tener solo dieciocho años. Con un gesto, un guiño del ojo izquierdo y un meneo de la cabeza en la misma dirección, le sugirió que lo siguiera, como indicándole que tenía algo que contarle y que, además de importante, era necesario conversarlo en reserva.

El joven se llamaba Alexander. Tenía apenas dieciocho años cumplidos y había terminado recientemente sus estudios en una de las universidades europeas más reconocidas. Los

conocimientos de medicina que había asimilado brillantemente no satisfacían sus inquietudes. Se había embarcado en este crucero —conseguido como premio de sus padres por sus altas calificaciones— para reflexionar antes de convertirse en presa fácil del síndrome del avestruz, como él mismo pensaba.

Alexander llevó al capitán hacia un rincón apartado de la cubierta.

—Capitán —dijo, sin preámbulos—, mi amigo Hugo y yo tampoco hemos cambiado. Y sabemos qué pasó.

François lo miró, esperando.

—Anoche, a las cinco y diecisiete —continuó Alexander—, hubo un destello en el cielo. Más brillante que la luna llena. Duró siete segundos. Luego... esto.

Señaló la cubierta con un gesto que abarcaba toda la locura.

—¿Un rayo? ¿Una tormenta eléctrica?

Alexander negó lentamente.

—Era un cometa, capitán. O algo parecido. Lo vimos Hugo y yo. Y esa familia alemana también. —Hizo una pausa, midiendo sus palabras—. Creemos que no nos afectó porque... estábamos despiertos. O tal vez por alguna razón probabilística que no entendemos.

François miró hacia el cielo azul. Demasiado azul. Demasiado perfecto.

—¿Y qué significa "esto"? —preguntó, aunque en el fondo ya empezaba a comprender.

Alexander bajó la voz aún más.

—Significa que ya no son ellos, capitán. Son versiones de ellos. Versiones que han olvidado todo lo anterior. Versiones que solo viven... el presente absoluto. Han perdido la memoria, el interés por su procedencia y la capacidad de proyectarse hacia un futuro que no sea inmediato.

En ese instante, François entendió tres cosas con terrible claridad:

Primera, que ya no era capitán. Su autoridad se había esfumado junto con la memoria de los demás.

Segunda, que estaban a la deriva en un océano que ya no parecía el Atlántico que conocía.

Y tercera, la más terrible: que el naufragio ya había ocurrido.

Solo que no había sido el barco el que se hundió.

Habían sido ellos.

Mientras Alexander hablaba, François observó el desastroso estado en el que había quedado todo el sistema de velas que impulsaban al barco gracias a la generosidad de los vientos. La terrible preocupación que esto pudo haberle causado en cualquier otra circunstancia se vio totalmente disminuida por lo impactante que resultaba la actitud y conducta de las gentes que poblaban la cubierta y hasta los más recónditos lugares de este gran barco de la época. Era el más grande que se hubiera construido sobre la faz de la tierra, capaz de transportar algunos cientos de personas. Con aposentos que podían albergar tanto a la gente importante para hacerle más placentero el viaje, como camarotes para las personas que deberían estar gratamente complacidas solo por el hecho de servirse a los primeros.

—Desde el punto de vista de los no afectados —continuó Alexander—, todos parecen alienados. Pero es posible que desde el punto de vista de ellos, nosotros nos comportemos, por lo menos, en forma extraña.

François asintió lentamente. Su juicio ya estaba hecho. El relato de Alexander lo hizo comprender que, de no mediar un fenómeno no tan extraño como el anterior, pero en el otro sentido, no había posibilidad de restablecer la cordura en las personas afectadas. La comunicación era complicadísima, pues no solo era el hecho de que se hablaban diferentes idiomas, sino que estaban tan inmersos en sus propios asuntos, que esta era similar a una segunda barrera idiomática.

—¿Cuántos somos? —preguntó François finalmente.

—Ocho, que sepamos —respondió Alexander—. Usted, nosotros dos, y la familia alemana: Rudolf, Tanya y sus dos hijos, Carla y Frederik. Ellos vieron cómo el timonel, luego de permanecer una hora en su puesto como un autómata, sintió que algo se arrancaba y que el timón le botó los brazos. Ese sorpresivo impacto parece que lo despertó de cierto letargo, y con gesto de "¡qué me importa!" y "¿qué hago aquí?" se fue rápidamente del lugar. Desde entonces, nos encontramos a la deriva.

François miró una vez más la cubierta. La armonía de encanto natural contrastaba con el espectáculo que brindaban los hombres de la tripulación, quienes, confundidos con los pasajeros, estaban dedicados a disfrutar de lo que parecía embriaguez colectiva. Como en los casos de las fiestas religiosas pueblerinas, en que los participantes se vengan del aburrimiento que los atosiga en una vida sin sentido.

—Reúnan a todos los que aún recuerdan —ordenó François, recuperando por un instante su tono de mando—. En el almacén de velas, al anochecer. En silencio.

Alexander asintió y se perdió entre la multitud.

François se quedó solo en la baranda, observando el horizonte infinito. El sol comenzaba su lento descenso, tiñendo las nubes de tonos anaranjados y púrpuras. Era un atardecer de una belleza desgarradora, como si la naturaleza quisiera compensar con esplendor visual la tragedia que se desarrollaba en la cubierta.

La verdad es que, por lo agradable que pasó en su camarote las últimas horas, tenía pocas ganas de levantarse, había pensado esa mañana. Ahora comprendía que ese deseo de permanecer en la inconsciencia del sueño era el mismo que reinaba en cubierta: el deseo de no ver, de no saber, de no recordar.

Pero él había hecho un esfuerzo. Se había levantado.

Y ahora debía hacer que otros hicieran lo mismo.

El problema era que nadie más parecía querer despertar.

CAPÍTULO 2:

LOS SIETE

Eran siete.

Siete contra seiscientos.

El almacén de velas olía a cáñamo, brea y madera vieja. Era un espacio amplio pero bajo, con vigas que apenas permitían a François mantenerse erguido sin agachar la cabeza. En las paredes colgaban velas desplegadas como espectros de lienzo, algunas aún mostrando las heridas de la tormenta: jirones que pendían como vendajes sucios. El aire era denso, quieto, como si el tiempo se hubiera estancado allí.

Los siete se reunieron en un círculo incómodo. La luz de una sola linterna de aceite proyectaba sus sombras agrandadas sobre las velas, dándoles aspecto de gigantes temblorosos.

—Presentémonos —dijo François, su voz resonando con una autoridad que ya no existía fuera de esas paredes—. Yo soy François Leclerc, capitán de este barco que ya no tiene capitán.

—Alexander Van der Berg —dijo el joven de ojos claros—. Estudiante de medicina. Mi padre pagó este viaje como premio por mis notas, pero ahora creo que el premio es otro: ver la locura de frente.

—Hugo Schmidt —siguió su amigo, un joven robusto con manos que parecían hechas para cirugías, no para naufragios—. También medicina. También premio. También perdido.

El hombre alemán, Rudolf Becker, se aclaró la garganta. Su esposa Tanya lo flanqueaba, con sus dos hijos acurrucados contra ella como si el mundo entero pudiera derrumbarse en cualquier momento.

—Rudolf Becker —dijo—. Joyero de Hamburgo. Mi esposa Tanya, de ancestros rusos. Nuestros hijos, Carla y Frederik.

La niña de cinco años, Carla, escondió la cara en la falda de su madre. Frederik, el de siete, miró a François con una seriedad desconcertante, como si ya hubiera entendido más que cualquiera de ellos.

—¿Estamos enfermos? —preguntó Rudolf, su voz cargada de una esperanza desesperada—. ¿Es una fiebre? ¿Algo en el agua?

Alexander intercambió una mirada con Hugo antes de responder.

—No —dijo, cuidadosamente—. Ellos están enfermos. Nosotros estamos... despiertos. O al menos, menos dormidos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tanya, acariciando el cabello de Carla—. ¿Qué les pasó?

Hugo tomó la palabra, su tono era el de un estudiante presentando una tesis macabra.

—Creemos que fue el cometa —explicó—. El destello que vimos a las cinco diecisiete de la mañana. No fue un fenómeno luminoso común. Su brillo tenía una cualidad... penetrante. Como si no solo iluminara, sino que *atravesara*.

—¿Atravesara qué? —preguntó François.

—La mente —respondió Alexander, tocándose la sien—. La memoria. Los centros nerviosos superiores.

François frunció el ceño.

—¿Están sugiriendo que un rayo de luz pudo... reescribir la mente de seiscientas personas?

—No reescribir —corrigió Hugo—. *Desconectar*. Como si hubiera realizado una cirugía inconcebible para nuestra época. Una lobotomía selectiva, pero sin sangre, sin bisturí. Solo luz.

Rudolf palideció.

—¿Dios nos castiga?

—No lo creo —dijo Alexander—. Fue un fenómeno natural. Un accidente cósmico. El problema no es que hayan olvidado. Es que... no les importa haber olvidado.

Esa fue la clave, pensó François. Lo había visto en cubierta: la absoluta indiferencia. No era como la amnesia de los enfermos, que luchan por recordar. Era una paz, una aceptación plena del vacío.

Tanya abrazó a sus hijos con más fuerza.

—Pero ellos actúan normal —murmuró—. Comen, hablan, ríen...

—Actúan —enfatizó Alexander—. Es como un estado crepuscular de conciencia, característico de ciertas alteraciones psíquicas. Aparentan normalidad, pero viven superficialmente. Lo profundo les es indiferente.

Frederik, el niño, habló por primera vez, su voz un hilo en la penumbra:

—El hombre del timón... cuando se fue, dijo "¿qué hago aquí?" como si... como si acabara de darse cuenta de que estaba en un lugar extraño. Pero luego se encogió de hombros y se fue a jugar a los dados.

Los adultos lo miraron, impresionados por la claridad de su observación.

—Exacto —asintió Alexander—. El impacto del timón al soltarse quizás lo sacudió brevemente. Un estímulo físico intenso que interrumpió el... el letargo. Pero fue momentáneo.

François recorrió el círculo con la mirada. Siete almas en un barco de seiscientas. Un uno por ciento de cordura.

—Tenemos que entender tres cosas —dijo, recuperando su rol de líder por pura necesidad—. Primero, qué nos pasó exactamente. Segundo, cómo arreglar el barco. Tercero, cómo volver a casa.

Hugo agregó un cuarto punto, sombrío:

—Y cómo sobrevivir entre ellos sin que nos conviertan en lo que son, o peor, sin que nos eliminen por diferentes.

Desde arriba, a través de la madera del techo, llegaban sonidos distorsionados: risas, música de un violín desafinado, gritos que podían ser de júbilo o de furia, era difícil distinguirlo.

—¿Qué están haciendo ahí arriba? —preguntó Tanya, mirando hacia el techo como si pudiera ver a través de él.

François respiró hondo. El aire a cáñamo le recordó a su infancia en los muelles de Marsella.

—Están creando una nueva sociedad —dijo—. Sin memoria, sin pasado, sin futuro. Solo presente. Y en el presente, hay que comer, divertirse, tener poder, entretenerse. Ya lo han empezado: han inventado una economía con conchas pintadas, han elegido un "presidente", tienen sacerdotes.

—Sacerdotes —repitió Rudolf, incrédulo.

—Uno predica que el cometa los liberó —explicó Alexander—. Otro, que el cometa los está probando para un "viaje final". Han escrito un libro, o más bien, lo han dictado, porque no saben escribir.

—Es una religión basada en el olvido —concluyó Hugo—. Han canonizado su amnesia.

Carla, la niña, comenzó a llorar en silencio. No con el llanto explosivo de los niños, sino con un sollozo contenido, como si supiera que el ruido podía atraer peligro.

—Tengo miedo —susurró.

Su hermano Frederik le tomó la mano.

—Yo también —dijo, con esa seriedad precoz que ya empezaba a definirle—. Pero estamos juntos.

François sintió algo quebrarse dentro de él. No era el capitán duro que había enfrentado tormentas y motines. Era un hombre viendo a dos niños asumir una madurez que nadie debería tener que asumir.

—No nos van a pasar nada —dijo, y su voz sonó más convincente de lo que esperaba—. Porque somos los que recordamos. Y la memoria es un arma.

Alexander asintió.

—Hay dos aspectos clave en lo que les ocurrió —dijo, volviendo al modo académico, quizás para mantener a raya el pánico—. Primero, la memoria: no solo se borró, sino que les impuso indiferencia absoluta hacia su procedencia. Nadie conoce ni quiere conocer de dónde viene. La única certeza es que existen, y hay que "aprovechar". Segundo, la proyección al futuro: casi todos han perdido la capacidad de interesarse por algo que no sea lo inmediato.

—Como animales —murmuró Rudolf.

—Peor que animales —corrigió Hugo—. Los animales tienen instintos, migran, planifican a su manera. Estos... flotan. Literal y metafóricamente.

François recordó la escena en cubierta: la belleza hipnótica del océano, la calma antinatural, los delfines saltando como si celebraran una fiesta a la que los humanos no estaban invitados. Y

sobre todo, la gente. Gente que había olvidado que eran pasajeros de un crucero, que tenían destinos, familias, historias.

—¿Y nosotros? —preguntó Tanya, mirando a sus hijos—. ¿Por qué nos salvamos nosotros? ¿Por qué mis hijos?

Alexander se encogió de hombros, un gesto de impotencia científica.

—No lo sé. Probabilidad, tal vez. Estar despiertos en el momento exacto. O quizás hay factores biológicos, neurológicos... Quizás tenemos alguna resistencia natural, o estábamos en un lugar protegido del barco. O... —vaciló— o fue aleatorio. Pura suerte.

La palabra "suerte" resonó en el silencio. ¿Era suerte recordar cuando todos olvidaban? ¿Era suerte cargar con el peso de la memoria cuando los demás bailaban libres de ella?

—Tenemos ventajas —dijo François, cambiando de tono—. Yo conozco este barco como la palma de mi mano. Sé dónde están las reservas secretas de comida y agua. Sé dónde hay herramientas, mapas, instrumentos de navegación. Ustedes —miró a Alexander y Hugo— tienen conocimientos médicos y científicos. Ustedes —a Rudolf y Tanya— tienen habilidades prácticas, y sus hijos... sus hijos tienen ojos que todavía ven con claridad.

Frederik asintió gravemente, como si acabaran de darle una responsabilidad oficial.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Rudolf.

—Primero, inventario —dijo François—. Necesitamos saber exactamente qué tenemos. Comida, agua, armas, herramientas. Segundo, evaluación del barco: el timón está roto, las velas destrozadas, la brújula desapareció. Tercero... —miró a Alexander— necesitamos entender si hay posibilidad de revertir esto. ¿Podemos "despertarlos"?

Alexander y Hugo intercambiaron una mirada larga.

—Es peligroso —dijo finalmente Hugo—. No sabemos cómo reaccionarían. Podrían volverse violentos. O podríamos dañarlos aún más. El cerebro es... delicado.

—Pero si no lo intentamos —dijo Tanya—, ¿viviremos siempre así? ¿Escondidos entre fantasmas?

—No siempre —respondió François—. Porque el barco no puede flotar eternamente. Las provisiones se acabarán. El agua se pudrirá. Y ellos... —señaló hacia arriba— no están pensando en eso. Solo piensan en el ahora.

Un ruido repentino los hizo callar. Pasos sobre sus cabezas, en la cubierta. No eran los pasos erráticos de antes, sino pasos dirigidos, deliberados. Varias personas, moviéndose juntas.

François apagó la linterna. La oscuridad fue absoluta, rota solo por la delgada línea de luz que filtraba por las juntas de la escotilla.

Contuvieron la respiración.

Los pasos se detuvieron justo encima de ellos. Voces murmurantes, ininteligibles. Luego risas —risas agudas, forzadas— y los pasos se alejaron.

Cuando François encendió de nuevo la linterna, todos tenían los rostros pálidos, los ojos dilatados.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo —susurró Rudolf—. Nos encontrarán.

—Sí —asintió François—. Pero tenemos que ser estratégicos. Nos reuniremos aquí cada noche a esta hora. Durante el día, actuaremos como ellos. Fingiremos que también estamos... afectados. Aprendamos sus costumbres, su nuevo idioma, sus rituales. Mientras tanto, trabajaremos en secreto para reparar lo reparable.

—¿Y los niños? —preguntó Tanya, abrazando a Carla, que ahora temblaba.

—Los niños son nuestra prioridad —dijo François, y su voz tenía la firmeza del acero—. Los protegeremos con nuestras vidas si es necesario. Porque si algo nos pasa a nosotros... ellos son los que llevarán la memoria. Ellos son el futuro.

Frederik asintió otra vez, y por primera vez, sonrió levemente. No era una sonrisa de niño, sino de soldado que acepta su misión.

—Entonces —dijo Alexander, extendiendo su mano hacia el centro del círculo—, somos los siete. Los que recuerdan.

Uno a uno, pusieron sus manos sobre la de él: Hugo, Rudolf, Tanya, François. Incluso Carla, guiada por su madre, tocó la pila de manos con sus deditos pequeños.

—Los siete —repitió François—. Contra seiscientos.

—No contra —corrigió Alexander, con un destello de idealismo en los ojos—. *Por* seiscientos. Por despertarlos. Por llevarlos a casa.

François no estaba tan seguro. Había visto la indiferencia en sus ojos. Había sentido el vacío donde antes había curiosidad, miedo, esperanza. ¿Cómo luchar contra la felicidad vacía? ¿Cómo convencer a alguien de que necesita ser salvado, cuando cree que ya es libre?

Pero miró a los seis rostros iluminados por la tenue luz de la linterna, y supo que no tenía elección. El capitán puede abandonar el barco, pero solo después de asegurarse de que no queda nadie a bordo.

Y aquí quedaban seiscientas almas, aunque la mayoría ya no lo supieran.

—Mañana —dijo—, comenzamos. Alexander y Hugo: investiguen el estado de la tripulación, traten de entender la profundidad del... daño. Rudolf y Tanya: exploren las bodegas de provisiones, hagan un inventario secreto. Yo evaluaré los daños del barco. Y los niños...

Miró a Carla y Frederik.

—Los niños observarán. Aprendan. Recuerden todo. Porque la memoria es ahora nuestro tesoro más valioso.

Asintieron. En sus ojos, incluso en los de la pequeña Carla, había un acuerdo tácito, un pacto forjado en la penumbra de un almacén de velas.

Al salir, uno por uno, con intervalos de minutos para no levantar sospechas, François se quedó el último. Apagó la linterna y permaneció en la oscuridad un momento más, escuchando los sonidos del barco que ya no era su barco, sintiendo el leve balanceo de las olas que los llevaban a ninguna parte.

Recordó una frase de su abuelo, también capitán: *"El mar no es el enemigo, Leclerc. El enemigo es el olvido de que el mar puede matarte."*

Ahora el olvido no era solo un riesgo, era una realidad. Y él, con seis aliados improbables, tendría que luchar contra una marea de amnesia.

Salió al pasillo, cerró la escotilla sin hacer ruido, y se fundió con las sombras del corredor. Arriba, la fiesta continuaba.

CAPÍTULO 3: GALEONLANDIA

A la semana, el Gran Galeón ya no era un barco. Era un país.

Un país sin fronteras, sin historia, sin memoria colectiva, pero con todas las instituciones que François recordaba de las naciones que había visitado. Solo que aquí, las instituciones habían brotado como hongos venenosos en el suelo fértil del olvido.

Alexander y Hugo espiaban desde las cofas, ese nido de vigía a treinta pies sobre la cubierta, donde el viento todavía olía a mar y no a la locura que fermentaba abajo.

—Mira —susurró Alexander, señalando con el dedo—. Han creado una economía basada en la escasez imaginaria. Ese hombre, el que antes era mercader de telas, está vendiendo "derechos de pesca" en zonas del barco donde nunca ha pasado un pez.

—Y ese —añadió Hugo, apuntando hacia la toldilla— está cobrando impuestos por "uso de sombra". Literalmente. Si te paras donde tu sombra toca cierto punto de la cubierta marcado con tiza, debes pagar.

François los escuchaba desde abajo, disimulado entre un grupo de "ciudadanos" que discutían acaloradamente sobre algo tan absurdo como la propiedad intelectual de las canciones que tarareaban.

—¿Y la tripulación? —preguntó François en voz baja cuando se reunieron brevemente en un pasillo desierto—. ¿Los marineros? ¿Los carpinteros? ¿Los navegantes?

—Algunos pescan —respondió Hugo—. Pero pescan en cubierta, con redes imaginarias. Otros se han hecho artistas. Pintan las velas rotas. Tallan los cabos y las barandillas. Venden su "arte" por comida imaginaria.

—¿Comida imaginaria?

—Sí —confirmó Alexander, con amargura—. Han inventado una moneda: "galéones". No son monedas reales, son conchas pintadas con trozos de carbón. Pero todos actúan como si tuvieran valor. El "presidente" —antes mercader de telas— emite nuevos galéones cada mañana, diciendo que los "descubre" en su camarote.

François cerró los ojos un momento. Recordó la tormenta, el miedo genuino en los rostros de los pasajeros, la solidaridad forjada en el peligro. Ahora, ese mismo miedo había sido reemplazado por una ansiedad distinta: la ansiedad de no tener suficientes galéones, de no estar en la posición social correcta, de no seguir las nuevas reglas que surgían cada día.

El espectáculo más desconcertante ocurría en lo que antes era el comedor principal. Allí, un hombre que en otra vida había sido cocinero —un tipo abnegado que creía sinceramente en su vocación— se había autoproclamado Gran Sacerdote. Predicaba una nueva religión basada en el Cometa.

—¡El Cometa nos eligió! —gritaba desde una mesa convertida en púlpito—. ¡Nos liberó del pasado! ¡Nos dio el presente eterno! ¡Bendito sea el Cometa, nuestro padre luminoso!

La multitud lo escuchaba con devoción. Algunos lloraban. Otros extendían las manos como si pudieran atrapar los rayos de un sol que ya no era el mismo.

Alexander, disfrazado con ropa tomada de un baúl de pasajero fallecido durante la tormenta, se mezcló entre ellos un día.

—Hermano —le preguntó a un hombre que sollozaba de emoción—, ¿qué dice el Libro?

El hombre lo miró con ojos brillantes, vidriosos.

—¡Dice que siempre hemos estado aquí! ¡Que el barco es el universo entero! ¡Que antes del Cometa solo había oscuridad y dolor!

—¿Y qué hay de la tierra? ¿De los puertos? ¿De las casas?

El hombre frunció el ceño, como si la pregunta no solo fuera irrelevante, sino herética.

—No hay "tierra". Solo el barco. El Libro lo dice. El Gran Sacerdote lo ha escrito.

—¿Escrito? —preguntó Alexander, sabiendo que el hombre era analfabeto.

—Bueno... dictado —corrigió el hombre, inseguro—. Lo importante es que ahora somos libres. Libres del sufrimiento de recordar.

Alexander regresó al escondite temporal que compartían en un camarote de tercera clase abandonado.

—Es una religión —informó—. Basada en la amnesia. Han canonizado su propio olvido. Y lo peor es que les da paz.

—La paz de los cementerios —murmuró François.

Esa noche, mientras los siete comían de las reservas secretas del capitán —galletas duras, carne salada, un poco de agua racionada—, Rudolf planteó la pregunta que todos evitaban:

—¿Y si están mejor así? ¿Y si nosotros somos los locos por querer recordar?

Los niños dejaron de masticar. Todos miraron a Rudolf. En sus ojos había algo más que curiosidad: había un atisbo de esperanza. ¿Sería más fácil rendirse?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tanya, aunque su tono sugería que ella misma había pensado lo mismo.

—Míralos —dijo Rudolf, señalando hacia la escotilla—. No sufren. No tienen miedo al futuro porque no conciben futuro. No extrañan a nadie porque no recuerdan a nadie. Viven el presente como... como dioses pequeños. O como niños eternos.

François negó con cabeza, pero lentamente, como si luchara contra su propia tentación.

—No son dioses. Ni niños. Son prisioneros. Prisioneros de un presente sin pasado ni futuro. —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Lo peor no es que hayan olvidado. Lo peor es que no les importa haber olvidado. Y eso... eso no es paz. Es anestesia.

Frederik, el niño de siete años, habló con la boca llena:

—Hoy vi a una mujer llorar.

Todos lo miraron.

—¿Por qué lloraba? —preguntó Alexander.

—No lo sé —dijo Frederik—. Pero lloraba mientras reía. Como si no supiera qué cara poner. Fue raro.

La observación del niño los dejó pensativos. Quizás no todos estaban completamente "anestesiados". Quizás, en algún lugar profundo, restos de memoria o emoción afloraban como burbujas en un estanque estancado.

Al décimo día, apareció el segundo sacerdote.

Este sí sabía leer y escribir. Y tenía una interpretación diferente del Libro, más sofisticada, más peligrosa.

—¡El Cometa no nos dio el presente eterno! —gritaba desde el mismo púlpito, desplazando al primer sacerdote con la fuerza de su retórica—. ¡Nos está probando! ¡Debemos prepararnos para el Viaje Final!

La multitud, que empezaba a aburrirse de la monotonía de la felicidad perpetua, se sintió atraída por esta nueva narrativa.

—¿Qué Viaje Final? —preguntaba alguien desde atrás.

—¡El viaje hacia el Cometa! —respondía el segundo sacerdote, con los brazos extendidos como un profeta del Antiguo Testamento—. ¡Cuando terminemos de purificarnos aquí, cuando hayamos gastado todos los galéones en actos de fe, el Cometa regresará y nos llevará con él! ¡A un lugar donde cada uno tendrá su propio barco, su propio océano, su propio cielo!

Alexander, escuchando desde las sombras, sintió un escalofrío que no provenía del viento marino.

Esto era peor. Mucho peor.

No solo habían olvidado el pasado. Ahora inventaban un futuro absurdo, una escatología de pacotilla. Y la gente lo creía porque necesitaba creer en algo, incluso en eso.

—Es el instinto religioso —comentó Hugo esa noche—. El cerebro humano, vaciado de contenido real, lo llena con mitología. Es como un vaso que, si no lo llenas con agua, se llena con aire. O con veneno.

François asintió, recordando sus propias dudas religiosas. Siempre había creído en Dios, pero en un Dios lógico, ordenado, que no jugaba a los dados con el universo. Este "Dios Cometa" era una caricatura, una proyección de la necesidad humana de significado.

—Lo peligroso —dijo— no es que crean. Es que actuarán en base a esas creencias. Y si creen que el Cometa los llevará, ¿para qué reparar el barco? ¿Para qué preocuparse por el agua o la comida?

Fue entonces cuando Alexander les mostró lo que había encontrado en un rincón de la bodega, escondido bajo un fardo de velas viejas: el diario de navegación del timonel.

—No está completo —explicó—. Pero tiene las últimas anotaciones. La tormenta, la posición aproximada, y... esto.

Señaló una línea escrita con letra temblorosa, justo antes de que la tinta se volviera un garabato ilegible:

"5:17 AM. Luz azul. Todo el cielo. No es relámpago. Los hombres duermen parados. Yo también tengo sueño. Sueño con..."

El resto era incomprensible.

—El timonel lo vio —susurró Tanya—. Y lo anotó. Trató de resistirse.

—¿Y luego? —preguntó Rudolf.

—Luego se convirtió en lo que es ahora —dijo François—. Un hombre que juega a los dados donde antes gobernaba el timón.

Guardaron el diario como una reliquia. Era una prueba, un fragmento de la verdad en un mar de mentiras.

La economía de Galeonlandia se volvió más compleja cada día. Aparecieron "empresarios" que vendían "aire de la proa" (más puro, decían) y "agua de estribor" (más dulce). Los "artistas" formaron un gremio y establecieron precios mínimos para sus obras. Los "pescadores" cobraban por enseñar a pescar, aunque nadie pescara nada.

Una tarde, François presenció una transacción que lo dejó atónito:

Un hombre joven, que antes había sido estudiante de derecho, le vendía a una mujer mayor un "terreno" en la cubierta.

—Es el mejor lugar —decía el joven, señalando un área marcada con cuerdas—. Recibe sol por la mañana, sombra por la tarde. Y tiene vista al "mar eterno".

—¿Y cuánto? —preguntó la mujer, contando sus conchas pintadas.

—Cien galéones. Pero para usted, noventa.

La mujer pagó. Se sentó en "su" terreno, sonriendo beatíficamente, mirando el horizonte como si fuera suyo.

François se alejó, sintiendo náuseas. No era el balanceo del barco. Era el vértigo de ver a la civilización humana reducida a una farsa, a un juego de niños con reglas inventadas sobre la marcha.

Esa noche, en su reunión secreta, Hugo presentó un informe preocupante:

—Las reservas de agua potable están al sesenta por ciento. La comida, al cincuenta. Y bajando cada día, porque algunos "afectados" han encontrado las reservas principales y las están usando sin control.

—¿Y ellos? —preguntó Rudolf—. ¿No se preocupan?

—Para ellos, las provisiones son infinitas —explicó Alexander—. Creen que el barco las genera mágicamente. O que el Cometa las proveerá. La idea de escasez no existe en su cosmovisión.

François golpeó la pared con el puño, suavemente, para no hacer ruido.

—Tenemos que tomar control de las reservas. Secretamente. Y tenemos que empezar a reparar el timón, las velas, aunque sea poco a poco.

—Hay un problema —dijo Rudolf—. Los que pueden hacerlo... ya no quieren. Los carpinteros ahora son "escultores". Venden sus "esculturas" por galéones. Los veleros son "pintores". Los navegantes... bueno, los navegantes ahora son "filósofos" que discuten sobre la naturaleza del horizonte.

—Tenemos que convencerlos —insistió François.

—¿Y si no quieren ser convencidos? —preguntó Tanya, abrazando a Carla, que se había dormido en su regazo—. ¿Si están felices siendo lo que son?

Nadie respondió. La pregunta flotó en la habitación como un fantasma.

Frederik, que había estado dibujando en un trozo de papel con un carbón, levantó su obra.

—Miré hoy —dijo—. El timón está roto de verdad. No es un juego.

El dibujo mostraba el timón, o lo que quedaba de él: una estructura despedazada, con marcas que parecían... dientes.

François tomó el dibujo, estudiándolo. Recordó el informe del timonel en el diario. Recordó la sensación extraña que había tenido al mirar el mar demasiado calmado.

—Mañana —dijo— bajaremos a ver. Tenemos que saber qué pasó realmente.

Mientras los otros preparaban sus camas improvisadas, Alexander se acercó a François.

—Capitán —susurró—, hay algo más. Hoy hablé con uno de los "sacerdotes". El segundo, el listo. No cree en lo que predica.

—¿Qué?

—Lo vi calculando. Mide a la gente. Ve quién tiene más galéones, quién tiene influencia. Su religión es... una herramienta. Un medio para un fin.

—¿Qué fin?

Alexander se encogió de hombros.

—Poder. Siempre poder. Incluso en un barco a la deriva, incluso en un mundo de amnésicos, alguien quiere mandar.

François miró hacia la escotilla cerrada. Afuera, Galeonlandia dormía. O no dormía, sino que entraba en un letargo colectivo, soñando con cometas y viajes eternos.

—Entonces —dijo, más para sí mismo que para Alexander—, no solo tenemos que luchar contra el olvido. Tenemos que luchar contra los que se aprovechan del olvido.

Alexander asintió.

—Sí, capitán. Y creo que esos son aún más peligrosos.

CAPÍTULO 4: EL SACERDOTE, EL COMETA Y LA OFERTA

Al tercer día, la esperanza había crecido entre los siete. Los "afectados" parecían más coordinados, sus movimientos menos erráticos. Casi normales.

Fue solo un espejismo.

—No han mejorado —explicó Alexander a François—. Solo han perfeccionado el teatro. Actúan como personas, pero sin sustancia. Como pinturas de fondo en un cuadro: presentes pero intrascendentes.

Lo que sí empeoró fue la organización de Galeonlandia. El Presidente y su consejo —cinco "avispados" que se hacían llamar ministros— habían establecido leyes absurdas. Prohibían

"pensamientos melancólicos" (multa de 50 galéones). Obligaban a sonreír al amanecer. Habían creado una policía de la alegría.

François sabía que debían actuar. Tres problemas exigían solución inmediata: el timón roto, las velas destrezadas y la falta de orientación.

—Empecemos por lo más urgente —decidió—. El timón.

Bajaron de noche, con cuerdas atadas a la cintura. Alexander primero, luego Hugo. Los demás vigilaban desde arriba.

El daño era peor de lo imaginado.

—No está roto —susurró Hugo desde abajo, su voz llegando tenue por la cuerda—. Está... mordido.

Alexander iluminó con una linleta de aceite. Las marcas eran claras: enormes dentelladas que habían triturado la madera. No astillado, sino pulverizado, como si algo la hubiera masticado con rabia.

—Mira esto —señaló Hugo.

Algo brillaba en las profundidades. Algo grande que se movía con pereza circular bajo el casco. Una silueta oscura, apenas visible, que parecía vigilarlos.

Subieron rápido, con el corazón en la garganta.

—No fue la tormenta —confirmó François—. Algo del mar lo hizo. Algo que vino con el cometa, o algo que el cometa despertó.

Los niños no durmieron esa noche.

EL SACERDOTE Y EL COMETA

Al amanecer, el espectáculo religioso alcanzó nuevo nivel. El segundo sacerdote —el listo, el que sabía leer— dio un golpe teológico.

—¡El Cometa no nos dio el presente eterno! —proclamó desde el púlpito, desplazando al primer sacerdote con su retórica superior—. ¡Nos está probando! Debemos prepararnos para el Viaje Final.

La multitud, ya aburrida de la felicidad simple, se sintió atraída por este nuevo drama.

—¿Qué Viaje Final? —preguntó alguien desde atrás.

—¡Hacia el Cometa! —respondió el sacerdote, con los brazos extendidos como un profeta—. Cuando nos hayamos purificado, cuando hayamos gastado nuestros galéones en actos de fe, ¡el Cometa regresará y nos llevará con él! ¡A un lugar donde cada uno tendrá su propio barco, su propio océano, su propio cielo!

Alexander, escuchando entre la multitud disfrazado, sintió un escalofrío. Esto era peor. No solo habían olvidado el pasado. Ahora inventaban un futuro absurdo, una escatología de pacotilla.

—Es el instinto religioso vaciado de contenido —explicó a François después—. El cerebro humano, privado de memoria real, llena el vacío con mitología. Como un vaso que, si no lo llenas con agua, se llena con aire. O con veneno.

François asintió, recordando sus propias luchas de fe. Este "Dios Cometa" era una caricatura, una proyección de la desesperada necesidad humana de significado.

—Lo peligroso —dijo— es que actuarán según esas creencias. Si creen que el Cometa los llevará, ¿para qué reparar el barco? ¿Para qué preocuparse por el agua o la comida?

LA OFERTA

Fue entonces cuando el Presidente los citó. Lo llamaban "el Jefe" ahora, y tenía una escolta de dos hombres musculosos que antes habían sido herreros.

—Han estado espiando —acusó sin preámbulos—. En Galeonlandia, eso es traición.

—No espiábamos —dijo François—. Intentábamos reparar el barco.

El Presidente sonrió sin calor.

—¿Reparar qué? El barco flota. Tenemos sol, mar, compañía. ¿Qué más necesitamos?

—Rumbo. Destino. Futuro.

—¡El futuro es hoy! —exclamó el Presidente—. El Cometa nos enseñó eso. Antes sufríamos pensando en ayer y mañana. Ahora vivimos el presente eterno. Es un regalo.

Hizo una señal. Trajeron bandejas con comida real: fruta fresca, pan aún blando, incluso un poco de vino.

—Únanse a nosotros —ofreció, abarcando el festín con un gesto—. Dejen de nadar contra la corriente. El Cometa nos liberó del sufrimiento del deseo. Del "querer algo más". Ese es el verdadero paraíso.

Alexander tomó una uva. La aplastó entre sus dedos. Era real, jugosa, dulce. Tentadora.

—¿Y si queremos más? —preguntó, mirando al Presidente directamente.

El hombre dejó de sonreír. Su rostro se endureció.

—Entonces serán enemigos del pueblo. Y Galeonlandia no es amable con sus enemigos.

La amenaza flotó en el aire, más palpable que el olor a pan fresco.

Esa noche, los siete discutieron por primera vez con verdadera división.

—Tal vez tenga razón —dijo Rudolf, mirando a sus hijos dormir—. Los niños tienen miedo constantemente. Allá arriba, los otros niños juegan. Ríen. No extrañan. ¿Es justo privarlos de esa paz?

Tanya abrazó a Carla, que dormitaba en su regazo.

—Pero no son ellos, Rudolf. Son fantasmas de ellos. ¿Queremos que nuestros hijos se conviertan en fantasmas?

—¿Y nosotros qué somos? —replicó Rudolf, su voz cargada de cansancio—. ¿Mártires? ¿Héroes? ¿O solo tontos que no aceptan la felicidad cuando se les ofrece?

François los observó a todos, uno por uno. Vio el cansancio en sus ojos, la tentación de rendirse, el desgaste de luchar contra una corriente que arrastraba a cientos.

—Mañana —anunció con voz firme pero comprensiva— cada uno decidirá libremente. Quien quiera unirse a Galeonlandia, puede hacerlo. Sin reproches. Quien quiera seguir intentando arreglar el barco... seguirá conmigo.

Nadie durmió bien esa noche. La libertad de elegir resultaba más pesada que cualquier obligación.

A la mañana siguiente, Rudolf y su familia habían desaparecido.

En su camarote vacío, solo una nota sobre la cama:

"Perdonadnos. Los niños necesitan paz. Nos unimos a Galeonlandia. No nos busquéis."

François leyó la nota dos veces. La tercera vez, la rompió en pedazos pequeños.

—Quedamos tres —dijo, mirando a Alexander y Hugo.

Los dos jóvenes asintieron, sus rostros serios.

—Tres contra seiscientos —dijo Hugo, calculando las probabilidades.

—Tres que recuerdan —corrigió François—. Tres que saben qué es un barco, qué es navegar, qué es llegar a algún lado. Eso cuenta más que números.

La deserción los golpeó más fuerte que cualquier tormenta. No era solo la pérdida de aliados. Era la confirmación terrible de que el olvido podía ser tentador, seductor, una opción racional. Un edulcorado suicidio espiritual.

Fue Frederik quien, horas después, les dio una pista inesperada de esperanza.

Lo encontraron llorando en un rincón del camarote abandonado donde ahora solo vivían tres.

—¡No quiero! —gritaba el niño, sus pequeños puños apretados—. ¡No quiero olvidar!

Alexander se arrodilló junto a él.

—¿Olvidar qué, Frederik?

—¡A mi abuela! ¡A mi perro Loki! ¡A mi casa en Hamburgo con el tejado rojo!

El niño, entre sollozos, levantó una tabla suelta del suelo. Debajo, tres tesoros cuidadosamente escondidos: un dibujo infantil torpe de una anciana sonriente, un collar de cuero gastado, y un trozo de ladrillo que, insistía, era de la chimenea de su casa.

—Los guardé —sollozó—. Para no olvidar. Como papá dijo que hiciéramos... antes.

Alexander miró a François con ojos que brillaban de una idea nueva, dolorosa y esperanzadora a la vez.

—No les afectó del todo —susurró—. Hay recuerdos escondidos. Profundos. Latentes. Como semillas bajo la nieve.

Hugo tomó el dibujo. La abuela de Frederik sonreía con ojos puntiagudos y pelo hecho de rayos de sol amarillos.

—¿Y si podemos despertarlos? —preguntó—. ¿Si estos pequeños objetos son llaves?

—¿Y si despertamos algo peor? —respondió François, su mirada grave—. ¿Si al recordar, recuerdan también el dolor, el miedo, la magnitud de lo que han perdido? ¿Si el precio de despertar es la desesperación?

Frederik los miró a todos, con lágrimas limpias que trazaban caminos en su rostro sucio.

—Prefiero el dolor a ser un fantasma.

La declaración del niño, simple y brutal en su claridad, los dejó sin palabras. A veces, la sabiduría no necesita años de estudio. Necesita solo un corazón aún intacto, no corroído por los compromisos de los adultos.

François respiró hondo, como si el aire del camarote se hubiera vuelto más liviano.

—Bien —dijo finalmente—. Entonces no nos rendimos. Tenemos un niño de siete años que prefiere el dolor verdadero a la felicidad falsa. Eso debería avergonzarnos si alguna vez pensamos en rendirnos.

Alexander sostuvo el trozo de ladrillo. Era áspero, ordinario, terriblemente real.

—Quizás esta sea la clave —dijo—. No razones filosóficas. No argumentos lógicos. Recuerdos concretos. Cosas pequeñas, tontas, que duelen precisamente porque son reales. El sabor de la sopa de la abuela. El olor del perro mojado. El sonido de la lluvia en un tejado conocido.

François asintió, mirando hacia la escotilla cerrada. Afuera, Galeonlandia celebraba alguna fiesta inventada, probablemente el "Día del Cometa" o el "Festival del Presente Eterno". Música, risas, el sonido hueco de la felicidad sin raíces.

—Mañana —decidió— probaremos. Con extremo cuidado. Con un solo "afectado". El más simple, el más bondadoso antes de esto.

—¿Quién? —preguntó Hugo.

—El cocinero. El que ahora es el primer sacerdote. Era un hombre bueno. Le importaba alimentar a la gente. Quizás en él quede algo del hombre que ponía sal extra en la sopa de los niños.

Frederik se acercó a François, tomando su mano con sus dedos pequeños.

—Yo puedo ayudar. Ellos no me miran con miedo. Para ellos, solo soy un niño más. Uno que no sonríe mucho, pero solo un niño.

François miró esos ojos serios, demasiado viejos para su cara, y sintió un nudo en la garganta.

—No —dijo suavemente, poniendo su otra mano sobre la del niño—. Esta batalla es de adultos. Tu trabajo, Frederik, es recordar. Mantener estos tesoros vivos. Eso ya es bastante. Más de lo que hacen la mayoría de los hombres.

El niño asintió, serio como un pequeño soldado que recibe una misión sagrada.

Esa noche, mientras preparaban su plan, Hugo encontró algo en el diario del timonel que antes habían pasado por alto. En el margen de la última página legible, una línea casi borrada, escrita con letra cada vez más débil:

"El sueño viene de arriba. Pero el miedo... el miedo viene de abajo."

Los tres miraron hacia el suelo de madera, como si pudieran ver a través de las tablas, a través del casco, hacia el mar oscuro y la cosa que brillaba en las profundidades.

Dos amenazas, entonces. El olvido desde arriba, seductor y dulce. Y algo más desde abajo, oscuro y hambriento.

Y ellos, en el medio, con solo recuerdos frágiles, un niño que lloraba por su abuela, y la tenaz convicción de que algunas verdades, por dolorosas que sean, valen más que todas las mentiras del mundo.

CAPÍTULO 5: EL PRIMER INTENTO Y LA TRAICIÓN

EL EXPERIMENTO

Eligieron al cocinero porque, antes del Cometa, había sido el hombre más amable del barco. Recordaban cómo guardaba galletas extra para los niños, cómo cantaba canciones de marineros mientras revolvía los guisos, cómo su risa resonaba desde la cocina hasta cubierta.

Ahora era el Primer Sacerdote, pero un sacerdote de segunda categoría, desplazado por el más listo. Lo encontraron solo, mirando el mar desde la popa, como si en la inmensidad azul buscara algo que ni él mismo podía nombrar.

—Jacques —llamó François, usando su nombre verdadero por primera vez en semanas.

El hombre giró lentamente. Sus ojos, antes llenos de vitalidad, parecían vidriosos, como cubiertos por una película delgada.

—Soy el Hermano del Cometa —corrigió, pero sin convicción.

—Jacques —repitió François, acercándose con cuidado—. Recuerdas este olor.

Alexander abrió un pequeño frasco. Dentro, una mezcla de tomillo, laurel y pimienta que Jacques usaba en su famosa sopa de pescado. El aroma se esparció en el aire salado.

El hombre llamado Jacques parpadeó. Una contracción casi imperceptible en la comisura de su boca.

—Es... especias —dijo, vacilante.

—Tus especias —dijo Alexander—. Las que guardabas en la caja de madera con tu nombre tallado. La caja que tu padre te dio cuando te convertiste en cocinero.

Jacques llevó una mano a la frente, como si un dolor repentino lo hubiera golpeado.

—No... el Cometa...

—El Cometa no te hizo sacerdote —intervino Hugo, mostrando una cuchara de madera gastada—. Te hizo olvidar que eras cocinero. Pero mira esto. Es tu cuchara de probar. Mira cómo el mango está desgastado justo donde tus dedos...

Jacques tomó la cuchara. Sus dedos, callosos y fuertes, se cerraron automáticamente en la posición correcta, como un músico que encuentra su instrumento después de años.

—Yo... yo probaba las sopas —susurró—. Para asegurarme de que no estuvieran muy saladas. Los niños... los niños no deben comer comida muy salada.

Un destello. Breve, pero real.

—¿Qué más recuerdas, Jacques? —preguntó François suavemente—. ¿La tormenta? ¿Los pasajeros asustados? ¿Cómo les diste galletas para calmarlos?

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas del hombre. No eran lágrimas dramáticas, sino lentas, pesadas, como aceite que sale de una botella casi vacía.

—Había una niña... pequeña... lloraba porque su muñeca se había caído al mar. Le di... le di una galleta con forma de estrella. La guardaba para...

De repente, su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡No! ¡El Libro dice que no hay "antes"! ¡El Cometa nos hizo nuevos! ¡Nos liberó!

Gritó, no en rabia, sino en terror. El terror del que despierta de un sueño placentero para encontrar una realidad insoportable.

—Jacques, es la verdad —insistió Alexander—. Tu verdad. La del hombre que alimentaba a la gente, no la del sacerdote que les vende mentiras.

Pero era demasiado tarde. El segundo sacerdote —el listo— había aparecido silenciosamente, seguido por media docena de hombres leales. Habían estado vigilando.

—¡He aquí! —gritó el segundo sacerdote, señalando a Jacques que ahora lloraba arrodillado—. ¡Los demonios están entre nosotros! ¡Quieren robarnos la paz del Cometa! ¡Quieren traer de vuelta el sufrimiento!

La multitud comenzó a congregarse, sus rostros antes plácidos ahora torcidos por algo nuevo: indignación moral.

—¡Atrapadlos! —ordenó el Presidente, apareciendo como por arte de magia—. ¡Son enemigos de Galeonlandia!

LA TRAICIÓN

Corrieron. No por cobardía, sino porque morir ahora sería inútil. François, Alexander y Hugo se abrieron paso entre la multitud que cada vez se volvía más hostil. Los mismos pasajeros a quienes habían ayudado durante la tormenta ahora los perseguían con rostros enajenados.

Fue entonces cuando vieron a Rudolf.

Estaba entre la multitud, pero no persiguiéndolos. Estaba de pie junto al mástil principal, sosteniendo a su hija Carla en brazos. Su esposa Tanya estaba a su lado, pálida, mirando la escena con horror.

—¡Rudolf! —gritó François—. ¡Ayúdanos!

Por un instante, sus ojos se encontraron. En los ojos de Rudolf, François vio el conflicto desgarrador: el hombre que recordaba contra el padre que quería proteger a sus hijos. La lealtad contra el miedo.

Rudolf bajó la mirada.

—¡Por allí! —gritó en cambio, señalando hacia la proa—. ¡Fueron hacia la proa!

Era una mentira obvia. Los estaban alejando de su escondite, no ayudándolos a escapar. Pero la multitud, en su simpleza recuperada, tomó la información al pie de la letra y se lanzó en la dirección equivocada.

Los tres alcanzaron el escondite temporal —un compartimento de limpieza cerca de la cocina— y cerraron la compuerta.

—Nos traicionó —jadeó Hugo, apoyándose contra la pared—. Pero nos traicionó mal.

—No —dijo François, recuperando el aliento—. Nos dio una salida. Una salida cobarde, pero una salida al fin.

Alexander miró por una rendija.

—Jacques... lo están arrastrando. El segundo sacerdote está diciendo que "purificarán" su mente. No sé qué significa, pero no puede ser bueno.

LAS CONSECUENCIAS

Esa noche, Galeonlandia celebró su primer juicio.

Desde su escondite, escucharon los gritos, los cánticos, el sonido de una nueva justicia primitiva. Jacques, el ex cocinero, fue declarado "infectado por la melancolía del

pasado". Su sentencia: reclusión en el "Cuarto del Olvido" —en realidad, el antiguo calabozo del barco— hasta que "el Cometa cure su mente".

Pero el verdadero cambio fue más sutil. La persecución les dio a los líderes de Galeonlandia un enemigo común, algo que consolidó su poder. El Presidente anunció toque de queda. El segundo sacerdote decretó oraciones obligatorias al amanecer y anochecer. Aparecieron informantes: personas que señalaban a quienes "parecían tristes" o "pensativos".

—Han creado una policía del pensamiento —murmuró Alexander—. En una semana.

—No lo han creado —corrigió François amargamente—. Siempre ha estado allí, en cada sociedad humana. Solo necesitaba una excusa para salir.

Frederik llegó sigilosamente al anochecer. Había estado espiando, aprovechando que los niños eran invisibles para los adultos ocupados en su nuevo orden.

—Papá está con ellos —informó el niño, sus ojos serios en la oscuridad—. Pero no canta cuando cantan. Solo mueve los labios.

—¿Y tu mamá? —preguntó Hugo.

—Llora en secreto. Por las noches. Pero durante el día sonríe.

La imagen —la madre forzando una sonrisa mientras su corazón se rompía— fue más desgarradora que cualquier tortura física.

—Tenemos que irnos —dijo Hugo—. No podemos quedarnos aquí. Nos encontrarán.

—¿Irnos adónde? —preguntó Alexander—. Es un barco en medio de un océano que ya ni siquiera reconocemos.

François miró el diario del timonel, que había salvado del escondite anterior.

—Aquí —señaló una entrada—. El timonel escribió sobre "corrientes extrañas" después del destello. Corrientes que no seguían los patrones normales. Si podemos entenderlas...

—¿Y el timón? —preguntó Hugo—. Está destrozado.

—No necesitamos timón para flotar —dijo François—. Solo necesitamos flotar en la dirección correcta. Y para eso, necesitamos entender las corrientes. Y para eso, necesitamos observar.

EL PLAN

Decidieron dividirse. Era arriesgado, pero tres juntos llamaban mucha atención.

Alexander observaría las corrientes, usando trozos de madera como boyas, anotando sus movimientos en un mapa robado.

Hugo investigaría las reservas reales de comida y agua, calculando cuánto tiempo tenían realmente antes de que Galeonlandia consumiera todo sin darse cuenta.

François haría lo más peligroso: intentaría contactar a los pocos que mostraban señales de resistencia. No abiertamente, como con Jacques, sino con señales sutiles.

Encontró al antiguo navegante, ahora "filósofo oficial" de Galeonlandia. El hombre pasaba horas mirando las estrellas, pero no para navegar, sino para "comprender su mensaje divino".

—Las estrellas están cambiando —dijo François casualmente, parándose junto a él una noche—. No siguen sus cursos habituales.

El ex navegante lo miró de reojo.

—El Cometa las reordenó. Para nuestro viaje final.

—¿Y si no es un viaje final? —susurró François—. ¿Y si es solo un desvío? ¿Y si las estrellas aún pueden guiarnos a casa?

El hombre tembló. Sus dedos, largos y delicados, se cerraron alrededor de un sextante que ya no usaba.

—No hay casa —murmuró—. Solo el barco.

—¿Estás seguro? —preguntó François—. ¿O solo es más fácil creerlo?

Se fue antes de que el hombre pudiera responder o llamar a alguien. La semilla estaba plantada. Ahora, a esperar.

EL DESCUBRIMIENTO

Fue Hugo quien hizo el descubrimiento crucial al tercer día.

—Las reservas principales están casi intactas —informó en voz baja durante su breve reunión nocturna—. Galeonlandia solo está usando las reservas secundarias, las de fácil acceso. Tienen comida para meses, pero no lo saben.

—¿Y el agua? —preguntó Alexander.

—Lo mismo. Están bebiendo de los barriles en cubierta. Los tanques principales en la bodega están llenos al ochenta por ciento.

François sonrió por primera vez en días.

—Entonces tienen tiempo. Tiempo para que nuestro plan funcione. Tiempo para que algunos despierten.

—Hay un problema —dijo Hugo—. El segundo sacerdote. No es como los otros. Hoy lo vi examinando un mapa real. No los dibujos que hacen ahora, sino un mapa antiguo de navegación. Y estaba tomando notas.

Alexander frunció el ceño.

—¿Crees que... recuerda?

—O nunca olvidó —sugirió François—. Algunas personas vieron en el Cometa una oportunidad, no una maldición.

La idea era aterradora: que entre los "afectados" hubiera impostores, personas que fingían amnesia para aprovecharse del caos. Psicópatas que encontraban en este nuevo mundo un campo de juego perfecto.

—Tenemos que ser más cuidadosos —dijo Alexander—. Algunos enemigos son ciegos. Otros ven claramente.

Esa noche, mientras intentaban dormir en turnos, Frederik apareció de nuevo. Esta vez, no vino solo.

Traía a una niña pequeña, no mayor de seis años, que se aferraba a su mano con fuerza desesperada.

—Es Lina —dijo Frederik—. Su hermano mayor se está volviendo... raro. Dice que pronto "se irá con el Cometa" y quiere que ella se vaya con él.

La niña miró a François con ojos enormes y asustados.

—No quiero irme —susurró—. Quiero a mi mamá.

—¿Dónde está tu mamá? —preguntó François suavemente.

—Se durmió y no despertó —dijo la niña—. Hace mucho tiempo.

Una muerte natural durante la travesía, probablemente. Ahora el hermano, afectado por la nueva teología del Cometa, quería "llevarla al viaje final".

—Se quedará con nosotros —decidió François—. Frederik, cuida de ella. Alexander, busca a su hermano mañana, discretamente. A ver qué está planeando.

Frederik asintió, tomando la mano de la niña con una solemnidad conmovedora.

—Vamos, Lina. Te mostraré mis tesoros.

Mientras los niños se alejaban hacia un rincón del compartimento, Hugo miró a François.

—Cada día, este barco se parece más a un manicomio flotante.

—Siempre lo ha sido —respondió François, mirando por la rendija hacia la cubierta iluminada por antorchas donde Galeonlandia celebraba otra fiesta sin sentido—. Solo que antes, teníamos la ilusión de que navegábamos hacia algún lado.

EL PRECIO

Al amanecer, encontraron el primer cuerpo.

No fue asesinato. Fue suicidio. Un hombre joven, que antes había sido estudiante, se había arrojado al mar desde la proa. En su camarote, una nota escrita con carbón en una vela:

"Prefiero el mar real al mar de mentiras."

No firmó. No necesitaba hacerlo.

Galeonlandia declaró que el Cometa lo había "llamado temprano". Celebraron su "ascenso" con canciones y danzas.

Pero François, Alexander y Hugo vieron la verdad en los ojos de algunos: un atisbo de duda, un destello de horror comprendido. El primer agrietamiento en la fachada perfecta.

El precio del despertar era alto. A veces, demasiado alto.

Pero algunos, al parecer, estaban dispuestos a pagarlo.

CAPÍTULO 6: LA CORRIENTE Y LA RESISTENCIA

LA CORRIENTE INVISIBLE

Alexander pasó tres días enteros observando el agua. No el agua como poesía o paisaje, sino como física pura. Con trozos de madera, cordeles, incluso con migas de galleta, trazó patrones en la superficie.

—No es aleatorio —anunció la cuarta mañana, sus ojos rojos por la falta de sueño pero brillando con descubrimiento—. Hay una corriente. Débil, casi imperceptible, pero constante.

François estudió los diagramas que Alexander había dibujado en el reverso de un mapa náutico.

—¿Dirección?

—Circular —dijo Alexander—. Un giro enorme. Si mis cálculos son correctes, y si el timonel anotó correctamente nuestra última posición antes del... cambio, entonces estamos atrapados en un remo gigantesco. El cometa no solo afectó a las personas. Afectó al océano mismo.

La implicación era clara: no estaban simplemente a la deriva. Estaban atrapados. Un barco en una bañera cósmica, dando vueltas sin fin.

—¿Radio? —preguntó Hugo.

—Imposible calcular sin instrumentos —dijo Alexander—. Pero grande. Muy grande. Podríamos estar dando una vuelta cada... meses.

François miró los diagramas, luego miró hacia la cubierta donde Galeonlandia celebraba su "Día de la Abundancia" (a pesar de que las provisiones reales disminuían día a día).

—Entonces no podemos esperar a que nos lleve a tierra —concluyó—. Tenemos que salir de la corriente. Y para eso necesitamos propulsión. Y dirección.

LOS RESISTENTES SILENCIOSOS

Fue Lina, la niña de seis años, quien les dio la primera pista de que no estaban completamente solos.

—El hombre que arregla cosas —dijo una mañana mientras compartían un pedazo de galleta—. Él mira el agua como tú, Alexander.

—¿Qué hombre? —preguntó François.

—El que antes hacía que las cosas rotas funcionaran otra vez —dijo Frederik, comprendiendo—. El carpintero mayor. El que arregló el barandal después de la tormenta.

Encontraron al hombre en lo que había sido su taller, ahora convertido en "Estudio de Creación" donde tallaba figurillas de madera que vendía como "talismanes del Cometa". Pero cuando entraron a escondidas, vieron que entre las figurillas había algo diferente: un modelo detallado de un mecanismo de timón.

—No funciona —dijo el hombre sin mirarlos, como si hubiera estado esperándolos—. Lo he calculado veinte veces. Con la madera que queda, con las herramientas que tengo... no funciona.

—Pero lo estás intentando —dijo François.

El hombre —se llamaba Gustav— suspiró. Puso su cuchilla de tallar sobre la mesa.

—Sueño con clavos —confesó en voz baja—. Con martillos. Con el sonido de la madera buena cuando acepta una junta bien hecha. Luego despierto y tallo estos... amuletos.

—¿Por qué no lo dejas? —preguntó Hugo.

Gustav los miró por primera vez. Sus ojos eran los de un hombre atrapado entre dos mundos.

—Porque ella cree —dijo, señalando hacia la puerta donde una mujer joven tarareaba mientras pintaba una vela—. Mi hija. Cree en el Cometa, en el Viaje Final. Si dejo de tallar amuletos, si empiezo a reparar el barco de verdad... ¿qué le digo? ¿Que su fe es una mentira? ¿Que su padre está loco?

François comprendió la verdadera prisión de Galeonlandia: no era la amnesia. Era el miedo a romper la felicidad de los demás.

—Hay otros —dijo Gustav aún más bajo—. El herrero. Sabe que los cuchillos que hace ahora son decorativos, no funcionales. Pero hace cuchillos decorativos porque su esposa vende bien las "dagas ceremoniales". La tejedora. Ella...

—¿Cuántos? —interrumpió Alexander.

—Una docena. Quizás quince. Los que trabajaban con las manos, los que saben cómo son las cosas verdaderas, no las imitaciones. —Gustav tomó el modelo del timón—. Soñamos en secreto. Tallamos nuestras culpas en madera.

EL PLAN DE NAVEGACIÓN

Con esa información, el plan cambió. No se trataba solo de reparar el barco. Se trataba de crear una red.

—No podemos despertarlos a todos —dijo Alexander esa noche—. Pero quizás no necesitemos hacerlo. Solo necesitamos que hagan lo que saben hacer, incluso si creen que están haciendo otra cosa.

Hugo frunció el ceño.

—¿Cómo?

—El herrero —explicó Alexander—. Si le pidiéramos que hiciera "adornos de metal para la próxima fiesta del Cometa"... pero especificamos exactamente el tamaño, la forma, la resistencia...

—...haría bisagras y soportes para un timón nuevo sin saberlo —completó François, asintiendo lentamente—. La tejedora haría "banderas ceremoniales" que en realidad son parches para las velas. El carpintero...

—...haría "esculturas conmemorativas" que encajan perfectamente como piezas de repuesto —terminó Hugo.

Era delicado. Peligroso. Un engaño dentro de otro engaño.

—¿Y la dirección? —preguntó Hugo—. Sin brújula, sin sol...

—Las estrellas —dijo François—. El navegante todavía las mira. Podemos hablar con él.

—Ya lo intentamos —recordó Alexander—. Casi nos descubre.

—Esta vez será diferente —dijo François—. Esta vez le daremos una razón para querer recordar.

EL ASTRÓNOMO ARREPENTIDO

El ex navegante —ahora "Filósofo de las Esferas"— pasaba las noches en la toldilla, mirando el cielo con un catalejo que ya no sabía usar correctamente. François se acercó una noche particularmente clara.

—Sirio está más brillante de lo habitual —comentó François, parándose a su lado.

El hombre, llamado Elías, bajó el catalejo.

—El Cometa la revitalizó. Como a todas las cosas.

—O quizás siempre fue así —sugirió François—. Y nosotros simplemente olvidamos cómo se veía.

Elías no respondió. Siguió mirando las estrellas, pero sus manos temblaban ligeramente.

—Soñé anoche —confesó de repente, tan bajo que François casi no lo escuchó—. Soñé con mi mujer. Estaba en nuestro jardín, podando rosas. Me llamaba para cenar.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó François suavemente.

—En Lisboa —susurró Elías—. O eso creo. O eso... recuerdo.

—Podrías volver a verla.

Elías cerró los ojos. Una lágrima escapó.

—Si las estrellas mienten... si el Cometa miente... entonces yo he estado enseñando mentiras. He consolado a gente con cuentos de hadas.

—No es tu culpa —dijo François—. Fuiste víctima como todos.

—¡Pero debería haberlo sabido! —explotó Elías en un susurro forzado—. ¡Soy astrónomo! ¡Navegante! ¡Debería haber visto que las constelaciones no han cambiado! ¡Que Polaris sigue exactamente donde debe estar! ¡Que no hay ningún "reordenamiento celestial"!

El secreto salió, feo y doloroso. Elías había sabido, o al menos sospechado, desde el principio. Pero decir la verdad habría significado perder su posición, su respeto, el consuelo de creer.

—Ayúdanos —pidió François—. No para revelar la verdad a todos. No todavía. Solo para calcular. ¿Hacia dónde iríamos si pudiéramos salir de esta corriente?

Elías miró las estrellas, luego miró a François. En sus ojos, la batalla entre el miedo y la esperanza.

—Tendrían que ir al oeste —dijo finalmente, cada palabra como si le costara dolor—. Pero no el oeste de ahora. El oeste verdadero. El que...

Se detució. Alguien se acercaba.

—Mañana —susurró François—. Aquí. Con cálculos.

Se alejó justo cuando el segundo sacerdote aparecía en cubierta, mirando alrededor con sus ojos siempre calculadores.

LA RED SE TEJE

Los días siguientes fueron de actividad secreta frenética.

Gustaf el carpintero comenzó a producir "esculturas abstractas" que, inspeccionadas de cerca, eran claramente piezas de un mecanismo complejo. El herrero forjó "adornos decorativos" que tenían el peso y la resistencia de piezas estructurales. Una mujer que había sido velera antes de convertirse en "artista textil" comenzó a tejer una tela extraña, demasiado resistente para ser un simple estandarte ceremonial.

Frederik y Lina se convirtieron en mensajeros. Los niños podían moverse libremente, jugando "escondite" mientras llevaban notas dobladas diminutas entre los resistentes.

—Es como construir un barco dentro de otro barco —comentó Hugo una noche—. Un barco real dentro de este barco de mentiras.

—Siempre ha estado ahí —dijo François—. Solo necesita ser recordado.

Pero el peligro crecía. El segundo sacerdote parecía intuir algo. Comenzó a hacer "inspecciones espirituales" de los talleres. Preguntaba por el "significado simbólico" de cada pieza. Gustav el carpintero casi fue descubierto cuando no pudo explicar convincentemente por qué su "escultura del alma purificada" parecía un engranaje.

—Tenemos que acelerar —dijo Alexander—. Cada día es un riesgo más.

LA ELECCIÓN DE ELÍAS

La noche antes de que intentaran el primer ensamblaje secreto, Elías el navegante llegó a su escondite. No había sido invitado. Había seguido a Frederik.

—No puedo hacerlo —anunció, pálido pero decidido—. No puedo darles los cálculos.

François sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Sin dirección, todo su trabajo sería inútil.

—¿Por qué? —preguntó, manteniendo la calma.

—Porque ayer —dijo Elías, y su voz se quebró— ayer una mujer vino a verme. Su hijo pequeño está enfermo. No gravemente, pero tiene fiebre. Ella me preguntó... me preguntó si el Cometa permitiría que su hijo se uniera al Viaje Final si moría aquí.

François esperó.

—Y yo... —Elías luchó por controlarse—. Yo le dije que sí. Que el Cometa ama a los niños. Que iría directamente a un lugar hermoso. Ella se fue... aliviada. Contenta.

—Le diste consuelo —dijo Alexander.

—¡Le di una mentira! —gritó Elías, luego se cubrió la boca, aterrorizado por el volumen—. Pero si le hubiera dicho la verdad... si le hubiera dicho que no hay Viaje Final, que su hijo podría morir aquí por una infección tratable... ¿qué clase de hombre sería?

François comprendió el dilema perfecto. Cada verdad revelada no era solo un hecho recuperado. Era un consuelo destruido. Una esperanza arrancada.

—No te pedimos que digas la verdad a todos —dijo François—. Solo que nos des la verdad a nosotros. Para que podamos llevarlos a un lugar donde ese niño pueda recibir medicina real, no consuelo imaginario.

Elías los miró a todos, su rostro una máscara de agonía.

—¿Y si no llegamos? ¿Y si mueren esperando una salvación que nunca llega?

—Entonces morirán con la verdad —dijo Hugo con dureza—. No con un cuento.

Fue Frederik quien rompió el impasse. El niño se acercó a Elías y tomó su mano, la misma mano que temblaba.

—Mi abuela —dijo Frederik—. Cuando estaba muriendo, en casa, me dijo algo. Dijo: "Prefiero un adiós doloroso que una sonrisa falsa". No lo entendí entonces. Ahora sí.

Elías miró al niño, luego a François, luego a sus propias manos, que habían trazado mil cursos verdaderos antes de aprender a trazar mentiras.

—Mañana al amanecer —dijo finalmente, su voz ahora firme—. En mi camarote. Traeré las cartas. Las verdaderas. Y les mostraré el camino a casa.

Cuando se fue, Alexander dejó escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo.

—Cada persona que despertamos —dijo— es una batalla que duele ganar.

—Pero cada una —respondió François, mirando a Frederik que volvía a sus tesoros escondidos— es un voto a favor del mundo real, por doloroso que sea.

Afuera, en la cubierta, Galeonlandia comenzaba su ceremonia nocturna. Cantaban al Cometa, a la felicidad eterna, al presente sin fin.

Y dentro, en la oscuridad, un grupo de fantasmas que se negaban a dejar de ser humanos preparaban su improbable fuga de la prisión más perfecta jamás construida: una prisión sin muros, sin celdas, sin guardianes.

Solo con la puerta cerrada desde dentro.

CAPÍTULO 7: EL ENSAMBLAJE Y LA SOSPECHA

LAS PIEZAS DEL ENGAÑO

El taller secreto no era un lugar, sino varios. Gustav ensamblaba las piezas de madera en su estudio entre "esculturas ceremoniales". El herrero, llamado Klaus, forjaba las piezas metálicas entre "adornos para la próxima gran procesión". La velera, Marta, tejía la lona reforzada que haría de vela temporal entre "estandartes del Cometa".

Cada pieza, por sí sola, parecía inocua. Juntas, formarían un timón de emergencia y una vela que podrían montar en una sola noche.

—Es como un rompecabezas esparcido por todo el barco —dijo Alexander, examinando el dibujo que Elías les había proporcionado—. Cada artesano tiene una parte del plano, pero solo nosotros vemos el todo.

Frederik y Lina se convirtieron en sus ojos y oídos. Los niños jugaban por el barco, aparentemente inocentes, pero memorizando quién estaba dónde, qué vigilaba el segundo sacerdote, cuándo las cubiertas estaban más vacías.

—El segundo sacerdote habla mucho con el Presidente —informó Frederik una tarde—. Señalan hacia el mar. Como si esperaran algo.

—¿Algo o alguien? —preguntó Hugo.

El niño se encogió de hombros.

—No sé. Pero el sacerdote tiene un papel. Lo guarda rápido cuando alguien se acerca.

François intercambió una mirada con Alexander. Elías había mencionado que el segundo sacerdote —cuyo nombre real era Silas— había sido contable antes del Cometa. Un hombre de números, no de fe.

—Tal vez no cree en el Cometa —murmuró Alexander—. Tal vez solo ve una oportunidad.

—O tal vez —dijo François— tiene su propio plan.

EL PRIMER ENSAMBLAJE

La noche elegida para el primer ensamblaje parcial llegó con una luna velada por nubes altas. Perfecta.

Gustav trajo las tres piezas principales de madera al compartimento de limpieza que servía de taller temporal. Klaus llegó con las bisagras y soportes metálicos, envueltos en tela para que no sonaran. Marta trajo la lona, pesada y resistente.

Por primera vez, los resistentes se vieron las caras. No eran muchos: siete artesanos además de los tres originales. Diez adultos y dos niños contra seiscientos.

—No parece mucho —dijo Klaus, el herrero, mirando las piezas dispersas por el suelo.

—No tiene que parecerlo —respondió Gustav, arrodillándose junto a las maderas—. Solo tiene que funcionar.

Trabajaron en silencio, solo el susurro de la madera encajando, el leve chirrido de metal contra metal. François dirigía con señas, Alexander verificaba el plano, Hugo controlaba la entrada.

Fue entonces cuando sucedió.

Marta, al intentar pasar una de las piezas más grandes, tropezó. La madera golpeó el suelo con un golpe sordo pero audible. Todos se congelaron.

Afuera, pasos. Luego una voz:

—¿Quién está ahí? ¿En el nombre del Cometa, respondan!

Era uno de los "guardianes de la paz", el nuevo cuerpo de vigilancia creado por el Presidente.

Frederik, sin pensarlo dos veces, salió del escondite.

—¡Espera! —susurró François, pero era demasiado tarde.

El niño salió al pasillo.

—Soy yo —dijo con voz temblorosa pero clara—. No podía dormir. El Cometa... me da sueños raros.

El guardián, un hombre joven que antes había sido marinero, bajó la antorcha. Vio al niño, solo, en pijama, con ojos grandes.

—¿Sueños? ¿Qué clase de sueños?

—De... de antes —dijo Frederik, y su temblor era real ahora—. De mi perro. De mi abuela. Me asustan.

El guardián miró al niño, luego miró hacia la puerta cerrada del compartimento. François contuvo la respiración, su mano en el mango de un cuchillo que no quería usar.

—El Cometa te prueba —dijo finalmente el guardián, poniendo una mano torpe en el hombro del niño—. Los sueños del pasado son... tentaciones. Debes rezarlas lejos.

—¿Me acompañas a rezar? —preguntó Frederik, inocente—. No quiero estar solo.

El guardián dudó. Miró nuevamente la puerta cerrada, luego al niño asustado.

—Vamos —dijo—. A la capilla. Allí rezaremos.

Se alejaron. Frederik lanzó una última mirada hacia la puerta, un mensaje claro: *Sigan. Yo los distraigo.*

Trabajaron el doble de rápido después de eso.

LA SOSPECHA CRECIENTE

Al día siguiente, el segundo sacerdote Silas anunció una "purificación general".

—¡El Cometa siente resistencia entre nosotros! —proclamó desde su púlpito—. ¡Siente mentes que se aferran a sombras del pasado! ¡Debemos purgarlas!

La purificación consistía en interrogar a cualquiera que hubiera mostrado "melancolía" o "pensamiento excesivo". Gustav fue uno de los primeros llamados.

—Hermano Gustav —dijo Silas en el "Salón de la Claridad" (antes comedor de segunda clase)—. Tus esculturas últimamente son... abstractas. ¿Qué representan?

—El viaje del alma —respondió Gustav, sudando pero manteniendo la voz firme—. De la oscuridad del apego a la luz del Cometa.

—¿Y esta? —Silas tomó una de las piezas que casi había sido descubierta la noche anterior—. Tiene... forma funcional. Como un mecanismo.

—El alma es el mecanismo más perfecto —improvisó Gustav—. Engranajes de fe, bisagras de devoción...

Silas lo observó largamente. Sus ojos, agudos, calculadores, escudriñaron el rostro del carpintero.

—Veo —dijo finalmente—. Bien. Puedes irte. Pero recuerda: el arte al servicio del Cometa debe ser claro. Accesible a todos. Nada... críptico.

Gustav salió, temblando.

—Sospecha —informó a François esa noche—. No sabe qué, pero sospecha.

Peor fue lo que le sucedió a Elías. Al segundo día de la "purificación", Silas fue personalmente a su camarote.

—Hermano Elías —dijo, sin preámbulos—. Tus cálculos celestiales. ¿Podría verlos?

—Son... meditaciones —tartamudeó Elías—. No cálculos.

—Aún así —insistió Silas, extendiendo la mano.

Elías entregó sus papeles. Entre diagramas de constelaciones "reordenadas", líneas finas trazaban coordenadas reales, latitudes y longitudes estimadas. Casi invisibles, pero allí.

Silas estudió los papeles largo rato. Elías sintió que su corazón latía en la garganta.

—Interesante —dijo finalmente Silas—. Tu devoción es... meticulosa. El Cometa aprecia la precisión.

Devolvió los papeles. Pero cuando salió, Elías notó que faltaba una hoja. La que tenía los cálculos más comprometedores.

—Lo sabe —dijo Elías, desesperado, al reunirse con François—. O al menos sospecha lo suficiente. ¿Por qué no nos denuncia?

—Porque una denuncia abierta requeriría explicaciones —razonó Alexander—. Tendría que admitir que hay una resistencia organizada. Eso debilitaría su narrativa de felicidad perfecta.

—O —sugirió Hugo— está jugando un juego más largo. Esperando a que nos expongamos más.

EL PLAN DEL SACERDOTE

Fue Lina, la niña pequeña, quien descubrió parte del juego.

Había estado escondida bajo una mesa en el "Salón del Consejo" (antes biblioteca del capitán) mientras Silas y el Presidente conversaban.

—"...no pueden permitir que reparen nada" —oyó decir al Presidente.

—"No se trata de reparar" —respondió Silas, su voz baja pero clara—. "Se trata de dirección. Si recuperan el control, todo nuestro proyecto aquí se desmorona."

—"¿Y la otra cosa? ¿La del agua?"

—"Pronto. Muy pronto. El Cometa... proporcionará."

Lina no entendió todo, pero repitió las palabras lo mejor que pudo.

—"La otra cosa del agua" —repitió François, pensativo—. ¿Provisión? ¿O algo más?"

Alexander palideció.

—El timonel escribió: "El miedo viene de abajo". ¿Y si Silas no es solo un oportunista? ¿Y si tiene contacto con... lo que sea que esté abajo?

La idea era descabellada. Pero en un mundo donde un cometa había borrado memorias, ¿qué era descabellado?

EL SEGUNDO ENSAMBLAJE

Decidieron acelerar. En dos noches, no en cuatro. Era arriesgado, pero la sospecha creciente era más arriesgada aún.

Esta vez, Frederik no podría distraer a los guardianes. Habían duplicado la vigilancia.

—Necesitamos otra distracción —dijo Hugo.

Marta, la velera, ofreció una solución.

—Mañana es el "Festival de la Entrega" —dijo—. Celebrarán desde el atardecer hasta bien entrada la noche. Habrá mucha bebida (agua saborizada, pero les hará efecto). Mucha danza. Será nuestra cobertura.

Tenía razón. Al anochecer del día siguiente, Galeonlandia se sumió en una fiesta desenfrenada. El Presidente y Silas presidían, sonrientes, pero François notó que Silas siempre mantenía un ojo en los pasillos, no en la celebración.

Trabajaron como poseídos. Las piezas encajaban mejor esta vez. El timón de emergencia comenzó a tomar forma: un mecanismo más simple que el original, pero

funcional. La vela, más pequeña, pero suficiente para atrapar algo de viento si alguna vez salían de la corriente muerta.

Faltaba una pieza crítica: el eje principal. Klaus la había forjado, pero era demasiado grande y pesada para moverla discretamente.

—Tenemos que traerla ahora —dijo Gustav—. O nunca.

Fue entonces cuando apareció Rudolf.

No había visto a su ex compañero desde su deserción. Rudolf estaba más delgado, con ojeras profundas, pero vestido con las ropas coloridas de Galeonlandia.

—¿Qué quieres? —preguntó François, poniéndose entre Rudolf y el timón parcialmente ensamblado.

—El eje —dijo Rudolf directamente—. Está en el almacén de popa. Lo vi hoy. Klaus lo escondió allí después de forjarlo.

—¿Y?

—Silas revisará ese almacén mañana al amanecer —dijo Rudolf—. Como parte de la "purificación de espacios". Si lo encuentra...

Todos entendieron. Si encontraban el eje, seguirían el rastro hasta Klaus, luego hasta los otros.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Alexander, desconfiado.

Rudolf miró hacia donde Frederik dormitaba en un rincón, abrazado a Lina.

—Porque anoche —dijo, su voz quebrada— mi hija Carla me preguntó si su abuela (la de verdad, no la del cuento del Cometa) estaría orgullosa de ella. Y no supe qué responder. O sí supe, pero no me atreví a decirlo.

François asintió lentamente. Algunas traiciones, al final, son contra uno mismo.

—¿Cómo lo sacamos? —preguntó Hugo.

Rudolf sonrió, un gesto triste pero determinado.

—Durante la gran danza final —dijo—. Cuando todos estén mirando el "sacrificio simbólico" en cubierta. Tengo... tengo acceso a unas llaves. De cuando era "ciudadano ejemplar".

LA DANZA FINAL

La danza fue tan grotesca como efectiva. Los "fieles" giraron y saltaron alrededor de una hoguera simbólica (sin fuego real, por seguridad), cantando himnos al Cometa.

Mientras tanto, Rudolf guio a Hugo y Alexander por pasadizos laterales hasta el almacén de popa. El eje pesaba más de lo esperado. Tuvieron que arrastrarlo.

En cubierta, Silas giraba con los demás, pero sus ojos escudriñaban la multitud. Buscaba caras ausentes.

—Falta el herrero —le susurró al Presidente—. Y el carpintero. Y...

—¿Y los fantasmas? —preguntó el Presidente, sudoroso por la danza.

—También —confirmó Silas—. Es esta noche.

Decidió actuar. Se separó de la danza, señalando a dos guardianes. Iban a comenzar la búsqueda.

En el taller secreto, el eje finalmente encajó en su sitio. El timón de emergencia estaba completo. Crudo, tosco, pero completo.

—Ahora la vela —urgió Gustav—. Rápido.

Pero era demasiado tarde. Pasos apresurados en el pasillo. No eran los de un solo guardián. Eran varios.

—¡Aquí! —gritó una voz desde fuera—. ¡Aquí hay luz!

François miró a los diez adultos y dos niños en la habitación. Diez que serían ejecutados o "purificados" hasta la locura. Dos niños que perderían cualquier chance de recordar quiénes eran.

—Por la ventana —ordenó—. Al agua. Todos.

—¡No podemos! —protestó Klaus—. ¡La criatura!

—¡Es esa o Silas! —gritó Alexander, ya empujando a los niños hacia la estrecha ventana del compartimento.

La puerta comenzó a ceder bajo los golpes.

—¡En el nombre del Cometa, abran!

François tomó una última decisión. Agarró un martillo y golpeó el nuevo timón justo en el eje central. El metal resonó, pero aguantó. No era perfecto, pero funcionaría.

—¡Ahora! —ordenó.

Gustav fue el primero por la ventana, luego Marta, Klaus... uno por uno, deslizándose al agua oscura donde algo brillante esperaba en las profundidades.

Frederik y Lina iban a seguir cuando la puerta estalló.

Silas estaba en el umbral, antorcha en mano, su rostro iluminado por una triunfante sonrisa fría.

—Buenas noches, fantasmas —dijo—. El Cometa los ha encontrado.

Detrás de él, cuatro guardianes con palos. Y detrás de ellos, el Presidente, observando con curiosidad morbosa.

François, Alexander, Hugo y los dos niños estaban atrapados. La ventana a sus espaldas, el mar y su misterio abajo. El hombre y su mentira adelante.

—No hay escapatoria —dijo Silas, avanzando—. El Cometa exige su... purificación.

Fue entonces cuando, desde el agua, llegó un sonido. No un salpicar. Un golpe. Como algo enorme golpeando el casco.Y luego un grito. De terror verdadero, no teatral. Algo salió del agua.

CAPÍTULO 8: LA CRIATURA Y EL SACRIFICIO

LO QUE SALIÓ DEL AGUA

No era un monstruo marino de leyenda. No tenía tentáculos, ni escamas brillantes, ni mandíbulas llenas de dientes. Era algo peor.

Era algo que recordaban.

La criatura que emergió del agua oscura tenía la forma aproximada de un hombre, pero deshecho y rehecho por el mar. Su piel era blanca, traslúcida, como la de una criatura de las profundidades que nunca ve la luz. Y brillaba con esa misma luz azul pálida que habían visto en el cielo la noche del cometa.

Pero lo que paralizó a todos, incluso a Silas y sus guardianes, fueron los jirones de ropa que aún colgaban de su cuerpo. Los restos de un uniforme de marinero. Y la cara, aunque deformada por algo más que el agua, era reconocible.

—Es el timonel —susurró Alexander, el primero en comprender—. El que desapareció la primera mañana.

El hombre-timonel, o lo que había sido él, se tambaleó sobre cubierta. No caminaba, sino que se arrastraba, como si sus piernas ya no recordaran cómo funcionar. De su boca abierta salió un sonido que no era grito ni lenguaje, sino algo intermedio: el ruido de alguien tratando de recordar cómo hablar.

Silas recuperó la compostura primero. Levantó sus manos hacia la criatura.

—¡Una aparición del Cometa! —anunció, pero su voz tenía una nota de pánico mal disimulado—. ¡Un mensajero!

La criatura giró su cabeza lentamente hacia la voz. Sus ojos, completamente blancos, sin pupilas, se fijaron en Silas. Avanzó hacia él.

—¡Alto! —ordenó Silas—. ¡En el nombre del Cometa, identifícate!

La respuesta fue otro sonido gutural. La criatura levantó una mano. En ella, brillando con esa misma luz azul, sostenía algo: el cuaderno de bitácora del timonel. El mismo que François y los otros tenían escondido.

—Quiere que lo leamos —dijo François, comprendiendo antes que nadie.

Silas intentó arrebatar el cuaderno, pero la criultura retrocedió con una agilidad sorprendente. En cambio, se volvió hacia François y extendió el cuaderno hacia él.

—No lo toques —advirtió Hugo—. Podría ser...

—¿Qué? ¿Peligroso? —terminó François—. Más peligroso que él?

Tomó el cuaderno. Las páginas estaban húmedas, pero la tinta resistía, extrañamente preservada. La criatura señaló una entrada específica, su dedo dejando una mancha húmeda en la página.

François leyó en voz alta:

"5:25 AM. El destello no se fue. Entró en el agua. El agua... respira ahora. Y nos llama. A algunos nos llama más fuerte. No puedo resistir. El timón... lo rompí yo. Para que no pudiéramos escapar. Porque él quiere que nos quedemos. Él quiere..."

El texto se interrumpía. La siguiente página estaba en blanco.

La criatura emitió otro sonido y señaló hacia el mar. Luego señaló a Silas.

—¿Qué intenta decir? —preguntó el Presidente, retrocediendo.

Alexander miró a la criatura, luego a Silas, y comprendió.

—El cometa no solo afectó a las personas. Afectó al mar. Y el mar... hizo algo a algunas personas. Las transformó. Las llamó. —Señaló a la criatura—. Él era una. —Señaló a Silas—. Y tú eres otra.

EL SECRETO DE SILAS

El rostro de Silas perdió toda su compostura sacerdotal. Por un instante, François vio al hombre que había sido antes: no un contable, sino un biólogo marino que viajaba estudiando especies abisales.

—No —negó Silas, pero demasiado tarde.

La criatura se acercó más a él. Extendió su mano hacia la mejilla de Silas. Donde tocó, la piel de Silas comenzó a brillar con la misma luz azul tenue.

—Es contagioso —susurró Hugo—. O comunicativo. Como... una infección de memoria.

—No una infección —corrigió Alexander, observando fascinado—. Una conexión. El mar, transformado por el cometa, está conectado con algunos de nosotros. Silas lo sabía. Por eso inventó la religión del Cometa. No para controlar a la gente. Para protegerse del mar.

Silas se derrumbó de rodillas. La luz azul en su piel pulsaba al unísono con la de la criatura.

—Sí —confesó, su voz ahora diferente, más profunda, como si hablara desde algún lugar lejano—. Lo sentí la primera noche. El llamado. Como una canción en mi sangre. El timonel la sintió más fuerte. Se rindió a ella. Yo... luché. Creé una historia, una religión, una pared entre yo y el mar. Pero cada noche, él me llama.

Señaló hacia la criatura, que ahora parecía menos monstruosa y más... triste.

—¿Qué quiere? —preguntó François.

—Compañía —dijo Silas—. O entendimiento. O simplemente... que escuchemos. El cometa cambió el mar, y el mar cambió a algunos de nosotros. Pero no para hacernos daño. Para... comunicar algo.

La criultura emitió una serie de sonidos complejos. Esta vez, no eran guturales. Tenían patrones, ritmo. Como un lenguaje.

LA ELECCIÓN

Fue entonces cuando los colaboradores que habían saltado al agua comenzaron a gritar.

No de dolor, sino de asombro. Gustav, Klaus, Marta y los otros estaban siendo sostenidos en la superficie por... algo. Formas similares a la criatura, pero menos definidas, como sombras líquidas que los mantenían a flote.

—No nos atacan —gritó Gustav—. Nos... muestran algo.

Mientras hablaba, una de las formas líquidas se elevó del agua, tomando una forma reconocible: una mujer. Luego otra: un niño. Luego una escena completa: un puerto, barcos, gente en los muelles.

—Son recuerdos —dijo Alexander, atónito—. Recuerdos del mar. De todo lo que ha visto, de todos los que ha... absorbido.

La criatura-timonel se acercó a la borda y señaló hacia las imágenes de agua. Luego señaló a su propio pecho, luego al mar.

—Quiere que entendamos —tradujo Silas, ahora llorando sin avergonzarse—. Que el mar no es nuestro enemigo. Es nuestra memoria. Todo lo que hemos olvidado, el mar lo recuerda por nosotros.

El Presidente, recuperando algo de su cordura, dio un paso al frente.

—¡Esto es herejía! ¡El Cometa nos dio un nuevo mundo! ¡No necesitamos el viejo!

La criatura giró hacia él. Por primera vez, su expresión fue claramente de desprecio. Con un movimiento rápido, demasiado rápido para seguirlo, extendió un brazo hacia

el Presidente. No lo tocó, pero una gota de agua salpicó desde su mano hacia el rostro del hombre.

El Presidente gritó. No de dolor, sino de revelación.

—¡Lisboa! —gritó—. ¡Recuerdo Lisboa! ¡Mi esposa! ¡Mi hijo que nacerá en septiembre! ¡Dios mío, tenía un hijo por nacer!

Cayó de rodillas, sollozando.

La gota de agua, brillando azul, había hecho en segundos lo que semanas de intentos no habían logrado: restaurar un recuerdo completo.

EL SACRIFICIO

Pero el efecto no fue gratuito. Mientras el Presidente recordaba, la criatura-timonel comenzó a deshacerse. Su forma se volvió menos sólida, más acuosa.

—Cada recuerdo que devuelve —comprendió Alexander— le cuesta parte de sí mismo.

Silas se levantó. Miró a la criatura, luego a la gente de Galeonlandia que comenzaba a congregarse, atraída por los gritos y la luz.

—Es suficiente —dijo—. Ya es suficiente.

Se acercó a la criatura. Los dos, el sacerdote falso y el timonel transformado, se miraron. Algo pasó entre ellos, un entendimiento sin palabras.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó François.

—Lo que debí hacer desde el principio —respondió Silas—. Escuchar.

Tomó la mano de la criatura. En el momento en que sus pieles se tocaron, la luz azul se intensificó, envolviéndolos a ambos. Silas gritó, no de dolor, sino de algo más profundo: reconocimiento.

—Él... no me estaba llamando para transformarme —dijo, su voz ahora clara y tranquila—. Me estaba llamando para recordarme quién era. Y para pedirme... que le recordara a los demás.

La luz se intensificó hasta que François y los otros tuvieron que apartar la mirada. Cuando pudieron volver a mirar, Silas y la criatura se habían fusionado en una sola forma, mitad hombre, mitad agua luminosa.

La forma habló, pero con dos voces mezcladas, una humana, otra marina:

—El cometa no fue un castigo. Fue una... corrección. La humanidad había olvidado que es parte del mundo, no su dueña. Olvidó que el mar recuerda. Olvidó que cada gota de agua ha pasado por un pulmón, ha nutrido una raíz, ha limpiado una herida. Nosotros... éramos esa gota olvidada.

La forma se deshizo un poco más. Gotas de agua azul luminosa cayeron sobre la cubierta.

—Pero no podemos quedarnos —continuó la voz—. El equilibrio se ha roto. El mar nos reclama. Pero antes... podemos darles una elección.

La forma se extendió sobre la cubierta. Gotas de agua luminosa salpicaron a todos los presentes. No solo a los que recordaban, sino a todos los de Galeonlandia.

EL DESPERTAR COLECTIVO

Lo que sucedió después fue tanto hermoso como terrible.

Hombre por hombre, mujer por mujer, los habitantes de Galeonlandia comenzaron a recordar. No de golpe, sino en destellos. Un nombre aquí. Un rostro allá. Un hogar. Un amor. Una pérdida.

Algunos gritaron de alegría. Otros lloraron de dolor. Otros se derrumbaron, incapaces de soportar el peso de lo olvidado.

Rudolf abrazó a sus hijos, llorando sus nombres reales por primera vez en semanas. Tanya cayó de rodillas, murmurando una oración en alemán que no había dicho desde niña.

Pero la forma de Silas y el timonel se deshacía más rápido con cada recuerdo restaurado.

—Está dando su esencia —dijo Alexander—. Su... existencia. Para que nosotros recordemos.

François se acercó a la forma que se desvanecía.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué hacer esto?

La voz, ahora apenas un susurro, respondió:

—Porque un recuerdo doloroso es mejor que una mentira feliz. Porque solo recordando quiénes somos podemos decidir quiénes queremos ser. Y porque... el mar lo habría hecho de todos modos, más tarde. Lenta, tortuosamente. Así es... más limpio.

La forma se desintegró en una lluvia de gotas azules luminosas que cayeron sobre todos en cubierta. Donde cada gota tocaba, un recuerdo más se fijaba.

Luego, silencio.

La criatura había desaparecido. Silas y el timonel habían desaparecido. Solo quedaban gotas de agua ordinaria sobre una cubierta llena de personas que, por primera vez en semanas, sabían quiénes eran.

LAS CONSECUENCIAS

La primera hora fue caótica. Gente llorando, abrazándose, gritando nombres, preguntando por seres queridos que habían olvidado que extrañaban. Algunos, incapaces de manejar el regreso repentino de la memoria, se encerraron en sus camarotes. Otros buscaron a François, reconociéndolo como su capitán por primera vez desde el Cometa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gustav, todavía mojado pero ahora con los ojos claros, despejados—. ¿Dónde está mi mujer? ¿Mi hijo?

—En Hamburgo —recordó François—. Como todos los nuestros.

El peso de la realidad cayó sobre ellos como un manto pesado. No estaban en un paraíso creado por un cometa. Estaban perdidos en el mar, con provisiones limitadas, un barco dañado, y hogares a miles de kilómetros de distancia.

Pero tenían algo que no tenían antes: ellos mismos.

Alexander se acercó al timón de emergencia que habían construido en secreto.

—Funcionará —dijo, probando los mecanismos—. No perfectamente, pero funcionará.

Hugo revisó las reservas.

—Tenemos comida para dos meses si racionamos. Agua para tres si destilamos agua de mar con los alambiques de emergencia.

François miró a su tripulación —su verdadera tripulación, ahora restaurada— y a los pasajeros que lo miraban esperando dirección.

—Lo primero —anunció, su voz recuperando la autoridad que había perdido— es organizarnos. Contarnos. Saber quiénes somos, qué habilidades tenemos. Luego, reparar lo reparable. Finalmente, navegar hacia casa.

No fue un discurso inspirador. No hizo promesas de salvación segura. Pero era verdad. Y después de semanas de mentiras, la verdad, por dura que fuera, era un alivio.

Mientras la gente comenzaba a organizarse bajo la luz del amanecer (un amanecer real, no una celebración del Cometa), François se acercó a la borda donde la criatura había aparecido. El agua estaba calmada, oscura, normal.

—¿Lo hiciste a propósito? —preguntó en voz baja al mar—. ¿Nos diste el olvido para que, al recuperarlo, supiéramos valorarlo?

El mar no respondió. Pero François recordó algo que había leído una vez, en sus estudios de teología antes de convertirse en marino: *"A veces Dios nos quita algo no porque no lo amemos, sino porque, al recuperarlo, aprendemos a amarlo como debe ser amado."*

Quizás el cometa no había sido Dios. Quizás solo había sido un fenómeno cósmico. Pero el efecto era el mismo.

Frederik se acercó a él, tomando su mano.

—¿Volveremos a casa, capitán?

François miró al niño, luego al timón de emergencia, luego al horizonte que por primera vez no parecía una prisión, sino un camino.

—Lo intentaremos, Frederik. Con toda la verdad que tenemos, y con todos los recuerdos que ahora sabemos valorar, lo intentaremos.

El sol se elevó sobre un barco que ya no era Galeonlandia, sino el Gran Galeón otra vez. Y en sus cubiertas, en lugar de celebrantes de una mentira, había personas —llorosas, asustadas, pero personas al fin— que recordaban.

Recordaban quiénes eran. Recordaban a quiénes amaban. Recordaban que el mar, aunque vasto y aterrador, era solo agua. Y que los barcos, aunque frágiles, estaban hechos para navegarlo.

Fue un comienzo.

CAPÍTULO 9: EL REGRESO A LA REALIDAD

EL PRECIO DEL DESPERTAR

El amanecer encontró al Gran Galeón en un estado que no era ni Galeonlandia ni el barco que había zarpado de Hamburgo. Era algo intermedio: un hospital flotante de almas recién despertadas.

Algunos, como Gustav el carpintero, se pusieron a trabajar inmediatamente, como si el sudor pudiera lavar las semanas de ensoñación. Otros, como el ex-Presidente (ahora nuevamente el comerciante de telas Heinrich Vogel), permanecieron sentados en cubierta, mirando al horizonte con expresión vacía, como si extrañaran la prisión de la que habían sido liberados.

—Es más difícil de lo que creí —confesó Alexander a François mientras observaban a la gente—. Pensé que al recordar, todo sería alegría. Pero algunos parecen... más perdidos que antes.

François asintió. Había visto esa mirada antes, en soldados que regresaban de batallas. El shock de retornar a una normalidad que ya no se sentía normal.

—La verdad duele más que la mentira —dijo—. Pero duele de una manera honesta. Eso es lo que importa.

LA PRIMERA REUNIÓN VERDADERA

Reunió a los que habían conservado o recuperado habilidades esenciales. No en secreto esta vez, sino en cubierta, a la luz del día.

—Somos doscientos cuarenta y siete —anunció François, consultando el recuento que Hugo había hecho—. Sesenta y ocho tripulantes originales, ciento setenta y nueve pasajeros. Y estamos aquí.

Señaló el mapa que Elías había extendido sobre una mesa. Era un mapa real, no los dibujos simbólicos de Galeonlandia.

—Nuestra última posición conocida fue aquí —dijo Elías, señalando un punto al oeste de Gibraltar—. Pero eso fue antes de la corriente circular. Ahora podríamos estar en cualquier lugar dentro de este radio.

Su dedo trazó un círculo enorme en el Atlántico.

—¿Sin brújula? ¿Sin sol fiable? —preguntó Klaus el herrero.

—Con las estrellas —respondió Elías—. Y con paciencia. Si puedo tomar medidas durante varias noches, puedo triangulizar nuestra posición aproximada.

—¿Y luego? —preguntó Marta la velera.

—Luego navegamos hacia el este —dijo François—. Hacia Europa. Hacia casa.

La palabra "casa" resonó en el aire. Algunos lloraron. Otros miraron con escepticismo.

EL PRIMER CONFLICTO

No todos querían volver.

Un grupo de unos veinte pasajeros, liderados por una mujer que había sido modista en París, se acercó a François al atardecer.

—No todos tenemos casas a las que volver —dijo la mujer, llamada Colette—. Algunos huíamos de cosas. Deudas. Matrimonios. Pasados que preferimos olvidar.

—Galeonlandia era... más fácil —añadió un hombre joven—. Sin juicio. Sin expectativas. Solo vivir.

François los escuchó pacientemente. Comprendía la tentación. La amnesia había sido, para algunos, una bendición involuntaria.

—Pueden elegir no recordar —dijo finalmente—. Pueden elegir vivir como si Galeonlandia aún existiera. Pero no pueden obligar a los demás a hacer lo mismo. Y este barco, si alguna vez toca tierra, será en un mundo real. Con sus leyes, sus deudas, sus matrimonios.

—¿Y si no tocamos tierra nunca? —preguntó Colette, con un destello de la vieja locura en los ojos—. ¿Si elegimos seguir navegando? ¿Crear nuestra propia sociedad, pero con los ojos abiertos esta vez?

—Morirían —dijo Hugo con crudeza—. Las provisiones se acabarán. El agua se pudrirá. Este barco no es una isla flotante. Es madera y clavos que se desgastan.

El grupo se retiró, descontento pero sin opciones reales. La realidad, como el mar, era implacable.

LAS REPARACIONES VERDADERAS

Al día siguiente comenzaron las reparaciones reales. No las simbólicas de Galeonlandia, sino las prácticas, sucias, difíciles.

Gustav y sus aprendices desmontaron el timón de emergencia y lo reinstalaron correctamente, esta vez sin prisa por esconderlo. Klaus forjó las piezas metálicas que faltaban, con el sonido real del martillo sobre el yunque resonando por primera vez en semanas. Marta y sus tejedoras repararon no solo la vela de emergencia, sino también las velas menores que podrían darles algo de propulsión.

Fue durante este trabajo que descubrieron el verdadero alcance del daño.

—Mira esto —dijo Gustav a François, señalando una viga maestra cerca de la quilla—. Podrida. No por la tormenta. Por... algo más. Como si la madera hubiera envejecido décadas en semanas.

Alexander examinó la madera.

—El efecto del cometa —dijo—. O del mar transformado. Aceleró procesos naturales. Esto no es seguro.

—¿Podemos repararlo? —preguntó François.

—Con refuerzos —dijo Gustav—. Pero es un parche. Este barco no está hecho para un viaje largo. No más.

La noticia se extendió. El Gran Galeón, su hogar flotante, su única esperanza, estaba tan enfermo como ellos lo habían estado.

LA DECISIÓN DEL RUMBO

Esa noche, Elías dio su veredicto.

—Estamos aquí —dijo, señalando un punto en el mapa mucho más al oeste de lo esperado—. La corriente nos llevó en círculos, pero también nos alejó. Estamos a... quizás mil millas de las Azores.

—¿Las Azores? —preguntó Hugo—. ¿No sería mejor ir directamente a Europa?

—Las Azores están más cerca —explicó Elías—. Y están habitadas. Podemos reparar mejor allí. Reabastecernos. Luego, a Europa.

—¿Mil millas con este barco? —preguntó Gustav, incrédulo.

—Con viento favorable, en un mes —calculó Elías—. Con viento desfavorable... más.

—¿Y las provisiones? —preguntó François.

Hugo consultó sus notas.

—Con racionamiento estricto: comida para cuarenta días, agua para treinta si destilamos. Justo. Muy justo.

François miró a los reunidos: los artesanos, los ex-resistentes, los que habían elegido recordar.

—Votemos —dijo—. No puedo decidir esto solo. Azores, con esperanza de reparación pero riesgo de no llegar. O Europa, más lejos pero quizás con más opciones si fallamos.

La votación fue tensa. Los marineros, que conocían el mar, votaron por las Azores: un objetivo cercano, real. Los pasajeros, en su mayoría, votaron por Europa: el sueño de casa, aunque lejana.

Al final, ganaron las Azores por tres votos.

—Entonces, al este-sureste —dijo Elías—. Con las estrellas como guía.

EL PRIMER DÍA DE NAVEGACIÓN REAL

Al amanecer del tercer día post-Galeonlandia, el Gran Galeón intentó navegar de verdad por primera vez en semanas.

Fue un desastre controlado.

Las velas, aunque reparadas, capturaron poco viento en la calma chicha que aún persistía. El timón de emergencia respondía con lentitud, como si el barco mismo hubiera olvidado cómo moverse. Y la gente, aunque ahora consciente, carecía de la coordinación de una tripulación entrenada.

—¡Izad el foque! —gritó François desde la toldilla—. ¡No, no así! ¡De manera uniforme!

Los ex-ciudadanos de Galeonlandia, ahora marineros forzosos, tiraron de cuerdas en direcciones opuestas. Una vela se atascó. Una cuerda se rompió.

—Esto es inútil —murmuró Hugo—. Necesitamos semanas de entrenamiento, no horas.

—No tenemos semanas —recordó Alexander—. Tenemos días antes de que el hambre y la sed tomen decisiones por nosotros.

Fue entonces cuando Rudolf se acercó. Había estado trabajando en silencio desde su regreso a la realidad, evitando miradas. Pero ahora habló.

—Déjenme organizarlos —dijo a François—. Yo era oficial de logística en el ejército prusiano. Sé cómo hacer que gente inexperta trabaje junta.

—¿Por qué debería confiar en ti? —preguntó François, sin hostilidad, pero con escepticismo.

—Porque traicioné a mis amigos para proteger a mis hijos —dijo Rudolf, mirando directamente a François—. Y ahora quiero traicionar mi cobardía para proteger a todos. Es lo más cercano a la redención que tendré.

François asintió. Le dio el silbato de capitán.

—Una hora —dijo—. Muéstrame lo que puedes hacer.

Rudolf tomó el silbato. No gritó. Habló con claridad, proyectando su voz de oficial.

—¡Atención! ¡Todos los que tengan experiencia en cualquier oficio, a mi derecha! ¡Los sin experiencia, a mi izquierda! ¡Rápido!

Para sorpresa de todos, la gente obedeció. Algo en el tono de Rudolf —autoritario pero no cruel— cortó a través de la confusión.

En treinta minutos, tenía equipos: los fuertes para las cuerdas, los ágiles para las velas, los observadores para las señales. En una hora, las velas estaban correctamente desplegadas, el timón respondía mejor, y el barco comenzaba a moverse con propósito, no a la deriva.

—¿Ves? —dijo Rudolf, devolviendo el silbato a François—. La gente necesita estructura, no solo verdad. Necesita algo que hacer con la verdad.

EL PRIMER SIGNO

Al atardecer, cuando el desánimo comenzaba a cernirse nuevamente, el vigía gritó desde la cofa:

—¡Tierra! ¡O algo parecido!

Todos corrieron a la borda. En el horizonte occidental, una línea oscura rompía la monotonía del mar. No era tierra firme —estaban demasiado lejos— pero era algo.

—¿Las Azores? —preguntó alguien con esperanza.

—No —dijo Elías, consultando sus instrumentos—. Demasiado pronto. Y en la dirección equivocada.

Alexander tomó el catalejo.

—Es... un barco —dijo, su voz extrañamente plana.

La esperanza se convirtió en ansiedad. ¿Un barco significaba rescate? ¿O algo más?

A medida que se acercaban, vieron que el barco —un bergantín de dos mástiles— no se movía. Flotaba, como ellos lo habían estado haciendo. Y en sus cubiertas...

—No hay nadie —susurró Hugo—. O nadie visible.

François ordenó reducir velas. Se acercaron con cautela.

El bergantín, llamado "Esperanza de Lisboa", estaba intacto pero desierto. Las velas estaban enrolladas, los botes salvavidas en sus lugares. Como si toda su tripulación hubiera simplemente... desaparecido.

—El cometa —dijo Alexander—. Les pasó lo mismo que a nosotros. Pero ellos no tuvieron... nuestra suerte.

Subieron a bordo con cuidado. El barco estaba bien provisto: barriles de agua dulce, sacos de harina, incluso verduras encurtidas en la despensa. Pero no había rastro de personas. Solo, en la cabina del capitán, un diario abierto con una última entrada:

"El destello nos tocó a todos. Ellos se fueron al agua. Yo me quedo. Que Dios tenga misericordia de nuestras almas."

Firmado: Capitán João Silva. Fecha: 15 de agosto de 1762. El día después del cometa.

—Se suicidó —concluyó Hugo—. O se dejó morir.

—Pero el barco —dijo Gustav, maravillado—. Está en mejor estado que el nuestro.

François miró el bergantín, luego el Gran Galeón, luego a su gente.

—Transferiremos las provisiones —ordenó—. Y consideraremos transferirnos nosotros mismos.

LA DECISIÓN MÁS DIFÍCIL

Esa noche debatieron en cubierta. El bergantín era más pequeño, pero más manejable. Más rápido, probablemente. Y estaba intacto.

—Pero es un barco de carga —argumentó Klaus—. No para pasajeros. No tiene camarotes para doscientas personas.

—Podemos hacer cambios —dijo Gustav—. Tenemos madera, tenemos habilidades.

—¿Y el Galeón? —preguntó Marta—. ¿Lo abandonamos? Después de todo lo que hemos pasado aquí?

François escuchó los argumentos. Ambos bandos tenían razón. El bergantín ofrecía mejor chance de supervivencia. El Galeón era su hogar, su historia.

Fue Frederik quien, una vez más, dijo lo simple.

—El Galeón está enfermo —dijo el niño—. Como estábamos nosotros. Y nosotros nos curamos. ¿No podemos curarlo a él también?

Las palabras del niño los hicieron callar. Estaban hablando de abandonar a un miembro de la familia, un miembro que había sufrido con ellos.

—Dividámonos —propuso Alexander—. Los más fuertes, los marineros, en el bergantín. Los demás, en el Galeón. El bergantín remolcará al Galeón hasta las Azores.

—¿Remolcar? —preguntó Hugo—. Con ese peso, no avanzaremos.

—Más rápido que con el Galeón solo —dijo Elías, haciendo cálculos rápidamente—. Y más seguro. Dos barcos son dos chances.

François miró a su gente. Vio esperanza, por primera vez real, no impuesta.

—Votemos de nuevo —dijo.

Esta vez, la votación fue unánime. Permanecerían juntos. Los dos barcos, como dos hermanos, navegarían juntos hacia la salvación.

Al día siguiente, comenzaron la transferencia de provisiones y la preparación de remolques. Mientras trabajaban, algo cambió en el mar. La calma chicha que los había atrapado durante semanas comenzó a romperse. Una brisa fresca llegó del norte.

Elías sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—El viento —dijo—. El viento real. No es mucho, pero es constante.

François respiró el aire salado, sintiendo su dirección, su fuerza.

—Entonces naveguemos —dijo—. Con la verdad como nuestro mapa, y el recuerdo como nuestra brújula.

El Gran Galeón y el "Esperanza de Lisboa" comenzaron a moverse, lentamente al principio, luego con más confianza. No hacia un paraíso imaginario, ni hacia una felicidad forzada. Hacia casa. Con todas sus imperfecciones, todos sus dolores, todas sus verdades.

Y esa, comprendieron, era la única dirección que valía la pena navegar.

CAPÍTULO 10: LA TRAVESÍA Y LAS TENTACIONES

LOS DOS BARCOS, LAS DOS REALIDADES

El bergantín "Esperanza de Lisboa" remolcaba al Gran Galeón como un niño grande arrastrando a su hermano enfermo. La formación era lenta, incómoda, pero funcionaba. Cada mañana ganaban unas pocas millas hacia el este-sureste, hacia las Azores que Elías calculaba aún a semanas de distancia.

Pero pronto apareció la primera fisura en el nuevo orden.

Los que se habían trasladado al bergantín —los marineros más experimentados, los artesanos más necesarios— comenzaron a llamarlo "el barco de los vivos". Al Galeón, donde permanecían la mayoría de los pasajeros, las mujeres, los niños y los ancianos, lo llamaban "el barco de los sueños".

—No es justo —protestó Colette, la ex-modista que había liderado el grupo nostálgico— . Nos tratan como carga. Como lastre.

—Es práctica, no desprecio —intentó explicar Rudolf, que había sido asignado como enlace entre los dos barcos—. El bergantín es más maniobrable. Necesita tripulación ágil.

—¿Y nosotros qué somos? ¿Inútiles?

François observaba estas tensiones desde la toldilla del Galeón. Sabía que el peligro ya no era el olvido. Era el resentimiento.

LA PRIMERA TENTACIÓN

Apareció en la tercera noche de la travesía conjunta.

Un grupo de jóvenes —hombres y mujeres que en Galeonlandia habían sido "artistas" o "filósofos"— comenzó a reunirse en secreto en la bodega del Galeón. Lo llamaban "El Círculo del Atardecer".

Alexander los descubrió por casualidad cuando buscaba unas tablas para reparar una barandilla.

—No estamos haciendo nada malo —dijo una joven llamada Lena, desafiante—. Solo recordamos... ciertas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Alexander, aunque ya intuía la respuesta.

—La ligereza —dijo un joven pálido de ojos intensos—. La ausencia de peso. En Galeonlandia, un pensamiento no tenía consecuencias. Un deseo, no tenía costo. Aquí... cada cosa pesa. Cada decisión duele.

Estaban recreando, Alexander comprendió con horror, una versión atenuada de Galeonlandia. Sin olvido total, sino con una deliberada suspensión de juicio. Jugaban a "como si": como si la comida no se acabara, como si el agua durara eternamente, como si el destino fuera seguro.

—Es una grieta —informó Alexander a François—. Pequeña, pero una grieta. Si el miedo o el cansancio crecen, esa grieta se hará más grande.

François decidió enfrentarlo directamente. Fue al Círculo del Atardecer esa misma noche.

—Entiendo —dijo a los reunidos—. La verdad es pesada. La responsabilidad, agotadora. Pero lo que hacen no es un juego inocente. Es el principio de la misma mentira que casi nos destruye.

—¿Y si preferimos la mentira? —preguntó Lena—. ¿Si elegimos, con ojos abiertos, vivir una ficción más amable?

—Entonces —dijo François con tristeza— se condenan a ustedes mismos. Pero no tienen derecho a condenar a los demás arrastrándolos en su ficción.

No los disolvió por la fuerza. En cambio, les dio una tarea: llevar el registro diario del consumo de agua. Cada gota. Cada ración. La realidad, en números fríos.

—Si quieren soñar —dijo—, sueñen con estos números. Y decidan si su sueño vale lo que cuesta.

Klaus el herrero, explorando los rincones más oscuros de la "Esperanza de Lisboa", encontró una caja escondida bajo las tablas del sollado. Dentro, no había provisiones ni herramientas.

Había opio.

Sacos pequeños, bien empaquetados, con el sello de un comerciante de Macao. El bergantín, aparentemente, había estado en negocios menos legítimos de lo que sugería su nombre.

—Debemos tirarlo al mar —dijo Hugo inmediatamente—. Es veneno.

—O medicina —contraargumentó uno de los ex-marineros, un hombre llamado Lars con ojos que habían visto demasiado—. Para el dolor. Para el insomnio. Para... la memoria.

La discusión se dividió. Algunos veían en el opio una tentación diabólica. Otros, un alivio legítimo para almas heridas.

—Imaginen —susurró Lars esa noche, en una reunión clandestina en el bergantín—. Un poco, solo un poco. Para que los recuerdos duelan menos. Para que la noche no sea tan larga.

Fue Rudolf quien resolvió el asunto de manera inesperada. Tomó la caja del opio y, ante todos, la llevó a la borda.

—Mi hermano murió por esto —dijo, su voz extrañamente calmada—. No en batalla, no por enfermedad. Por una huida como la que ustedes proponen. —Miró a los hombres—. Cada uno de ustedes tiene algo que duele recordar. Yo también. Mi cobardía duele cada día. Pero si entumecimos el dolor, también entumeceremos la posibilidad de redención.

Arrojó la caja al mar. Los paquetes flotaron un momento, luego se hundieron.

—El dolor es el precio de estar vivos —dijo—. Paguémoslo.

EL DESCUBRIMIENTO EN LAS PROFUNDIDADES

A la semana de travesía, el viento amainó de nuevo. No la calma chicha total, sino una brisa caprichosa que apenas movía las velas. La desesperación comenzó a filtrarse.

Fue entonces cuando Frederik y Lina, jugando cerca de la borda del Galeón, vieron las luces.

No en el cielo. Bajo el agua.

—¡Capitán! —gritó Frederik—. ¡Miren!

François y Alexander se acercaron. A unos metros de profundidad, formas azules luminosas se movían en patrones complejos. No eran criaturas individuales, sino como corrientes de luz que tejían y destejían figuras en el agua.

—Es el mar —dijo Alexander, maravillado—. Todavía transformado. Todavía... recordando.

Las formas luminosas tomaron una figura reconocible: el Gran Galeón, completo, orgulloso, navegando con todas las velas desplegadas. Luego la figura se deshizo y reformó como Galeonlandia, con sus banderas absurdas y su gente danzante. Luego nuevamente el Galeón real.

—Nos está mostrando —susurró François—. Lo que fuimos. Lo que nos convertimos. Lo que podríamos ser de nuevo.

Pero había algo más. Entre las imágenes, breves destellos de algo que no reconocieron: una costa rocosa, un puerto pequeño, faros. Luego, coordenadas numéricas que brillaban y se desvanecían.

—¡Elías! —llamó Alexander—. ¡Trae tus instrumentos!

Elías corrió con su cuaderno. Tomó nota de los números mientras aparecían. Latitud, longitud, claros como si alguien los estuviera escribiendo en el agua.

—Esto es... —calculó Elías, sus manos temblando—. Esto es donde estamos ahora. Exactamente. Y esto... —señaló otro conjunto de números que apareció— es un curso. Un curso recomendado.

—¿Recomendado por quién? —preguntó Hugo.

El mar respondió. Las luces formaron una figura humana, luego se descompusieron en millones de puntos que se elevaron hacia la superficie. Donde emergieron, la brisa caprichosa se volvió constante, direccional. Un viento firme del noroeste, perfecto para el rumbo que las coordenadas indicaban.

—Por él —dijo François, mirando al agua—. Por el timonel. Por Silas. Por todos los que se convirtieron en parte del mar. Nos están guiando a casa.

LA TERCERA Y MÁS PELIGROSA TENTACIÓN

La revelación debería haber unido a todos. En cambio, creó la división más peligrosa.

Un grupo liderado por el ex-Presidente Heinrich Vogel propuso algo radical: seguir la guía del mar, sí, pero no hacia las Azores. Hacia algo más.

—El mar nos habla —argumentó Vogel—. Nos muestra caminos. ¿Quién dice que las Azores son nuestro destino? Quizás el mar quiere llevarnos a otro lugar. Un lugar... especial.

—Especial ¿cómo? —preguntó François, desconfiado.

—Un lugar donde el efecto del cometa sea permanente —dijo Vogel, sus ojos brillando con una luz que François reconocía: la luz del fanatismo, solo que dirigido a un nuevo

dios—. Donde podamos vivir en armonía con el mar transformado. Donde la memoria y el olvido puedan elegirse, como se elige respirar.

Era Galeonlandia nuevamente, pero con un dios diferente. En lugar del Cometa, el Mar. En lugar del olvido forzado, una simbiosis elegida.

—Están locos —dijo Hugo a François en privado—. El mar no es un dios. Es agua salada. Con criaturas. Y peligros.

—Pero tiene razón en una cosa —dijo Alexander, inesperadamente—. El mar está comunicándose. Deberíamos escuchar. No para adorarlo, sino para entender.

La tripulación se dividió en tres facciones:

Los "realistas" que querían seguir el plan original hacia las Azores.

Los "marianos" que querían seguir la guía del mar hacia un destino desconocido.

Los "nostálgicos" que, en secreto, anhelaban cualquier forma de regreso a la irresponsabilidad.

EL MOTÍN DEL BERGANÍN

La crisis estalló en la "Esperanza de Lisboa". Un grupo de marineros, convencidos por Vogel, tomó control del bergantín por la noche. Cortaron las cuerdas de remolque y giraron las velas para tomar el nuevo rumbo que Vogel decía que el mar indicaba.

François despertó con el tirón seco del Galeón cuando las cuerdas se cortaron. Para cuando llegó a cubierta, el bergantín ya se alejaba, una silueta oscura contra el amanecer naciente.

—¡Traición! —gritó Gustav.

—No —dijo Rudolf, observando con tristeza—. Fe. La más peligrosa de las traiciones, porque quien la comete cree que está haciendo lo correcto.

El Galeón, ahora solo, sin su remolcador, más dañado que nunca, se meció en la creciente luz del amanecer. A su alrededor, las luces azules bajo el agua parpadeaban, como si el mar mismo estuviera confundido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alexander.

François miró al bergantín que se alejaba, luego al mar que brillaba, luego a su barco y su gente.

—Nosotros seguimos nuestro rumbo —dijo—. Hacia las Azores. Con viento o sin él. Con guía o sin ella.

—¿Y ellos? —preguntó Hugo.

—Han elegido —dijo François—. Como nosotros elegimos recordar, ellos eligen una nueva fe. Solo espero... —su voz se quebró— solo espero que su fe no los mate.

LA DECISIÓN DEL MAR

Pero el mar, aparentemente, tenía otras ideas.

Mientras el bergantín se alejaba en su nuevo rumbo, las luces azules bajo el agua lo siguieron. No como una guía, François notó, sino como un rebaño siguiendo a un animal extraviado.

Luego, a media mañana, sucedió.

El bergantín, que navegaba confiado, de repente se detuvo. No por falta de viento —el viento seguía soplando—, sino como si hubiera chocado contra algo invisible.

Desde el Galeón, observaron impotentes como el "Esperanza de Lisboa" comenzó a girar lentamente sobre sí mismo, atrapado en un remolino que no debería estar allí. Las luces azules lo rodeaban, densas, casi solidarias.

—¡Está atrapado en la corriente circular de la que nosotros salimos! —gritó Elías—. ¡El mismo remolino!

Vogel y sus seguidores habían ido, no hacia un nuevo paraíso, sino de regreso a la prisión de la que todos habían escapado.

François tomó una decisión rápida.

—Preparen el bote —ordenó—. Iremos por ellos.

—¿Por qué? —protestó Hugo—. Nos traicionaron. Eligieron su camino.

—Porque —dijo François, ya bajando al bote— todavía son nuestros. Y porque a veces, salvar a alguien de su propia estupidez es la única manera de salvarse a uno mismo de la propia arrogancia.

Alexander y Rudolf se unieron a él. Remaron hacia el bergantín atrapado, hacia el remolino, hacia las luces azules que ahora parecían menos guías y más guardianes de una prisión que nadie debería habitar, ni siquiera por elección propia.

El mar los observaba. O quizás solo era agua. La diferencia, comprendió François mientras remaba, tal vez solo existía en la mente humana. Pero esa diferencia era todo lo que los hacía humanos.

Y por eso valía la pena remar.

CAPÍTULO 11: EL REMOLINO Y LA REDENCIÓN

EL REMOLINO AZUL

El bote avanzaba a golpe de remo contra una resistencia que no era solo del agua. El aire mismo parecía espeso, cargado de una energía estática que erizaba la piel. A medida que se acercaban al remolino, las luces azules bajo el agua se hicieron más densas, formando un espiral perfecto que giraba en sentido contrario a las agujas del reloj.

—¡Remen al ritmo del giro! —gritó Alexander—. Si luchamos contra la corriente, nos volcaremos.

François ajustó el ritmo. Desde el bote, el bergantín "Esperanza de Lisboa" parecía un juguete atrapado en un desagüe cósmico. Giraba lentamente, sus mástiles inclinándose peligrosamente.

—¡Miren! —señaló Rudolf.

En la borda del bergantín, Vogel y sus seguidores no intentaban escapar. Estaban de rodillas, mirando el agua luminosa con una expresión de éxtasis.

—No quieren ser rescatados —murmuró François—. Creen que esto es parte del "camino".

LA VOZ DEL MAR

Cuando estuvieron a cincuenta metros del bergantín, el agua frente a su bote se arqueó. No una ola, sino una protuberancia líquida que mantuvo su forma. De ella emergió una figura hecha de agua y luz: la silueta de un hombre viejo, con ropas de marino del siglo anterior.

—Silas —susurró Alexander.

La figura no tenía rostro definido, pero la postura era inconfundible: el timonel que se había fundido con el mar.

"No entres donde no te llaman", parecía decir una voz que no sonaba en los oídos sino en la mente. "Ellos eligieron."

—¡Son nuestros! —gritó François al agua—. ¡Los necesitamos!

La figura de agua se deshizo y reformó más cerca. Esta vez, la voz fue clara:

"Cada elección tiene su costa. Esta es la de ellos."

—¿Y si se arrepienten? —preguntó Rudolf, su voz temblando.

El agua brilló intensamente. Desde el bergantín, un grito cortó el aire.

—¡No! ¡Sacadnos de aquí! —era Lars, el ex-marinero que había defendido el opio—. ¡Vogel estaba equivocado! ¡El mar no nos guía, nos castiga!

Vogel se volvió hacia Lars con furia.

—¡Blasfemo! ¡Es una prueba! ¡Debemos entregarnos al giro!

Pero otros comenzaron a gritar, a aferrarse a los cabos, a mirar hacia el bote con desesperación.

La figura de agua pareció suspirar, una cascada de burbujas luminosas.

"La redención cuesta más que el error," resonó en sus mentes. "¿Están dispuestos a pagar?"

EL PRECIO

—¡Sí! —gritaron François y Alexander al unísono.

El remolino se aceleró. El bergantín crujió, amenazando con desarmarse.

—¡Lancen cabos! —ordenó François.

Desde el bergantín, arrojaron cuerdas. Rudolf y Alexander las atraparon, atándolas al bote. Pero el bote era demasiado pequeño para tirar del bergantín. Sólo podían usarlo como ancla, como punto fijo contra el que remar.

—¡Todos a los remos! —gritó François—. ¡Hacia el Galeón!

Remaron. Los músculos ardían. Cada golpe de remo parecía ganar solo unos centímetros. Las luces azules los rodeaban, observando.

De pronto, el agua frente a ellos se abrió. No un camino, sino una pared vertical de agua que se elevó tres metros, mostrando en su interior escenas:

Vieron a Vogel en su juventud, engañando a un socio para quedarse con su negocio.

Vieron a Lars perdiendo a su hermano por su adicción, mirando impotente.

Vieron a cada uno de los amotinados en sus momentos de cobardía, egoísmo, crueldad.

"Este es el precio," dijo la voz. "Ver. Recordar. Perdonar."

—¡Lo aceptamos! —gritó Alexander, llorando sin saber por qué.

La pared de agua cayó. El remolino disminuyó su velocidad. El bergantín, liberado parcialmente, comenzó a derivar hacia ellos.

EL REGRESO

Con esfuerzo sobrehumano, lograron amarrar el bergantín al Galeón nuevamente. Los amotinados, ahora callados, avergonzados, fueron ayudados a subir.

Vogel fue el último. Se negaba a soltar la borda del bergantín.

—Era real —murmuraba—. Me hablaba.

—Sí —dijo François, poniendo una mano en su hombro—. Pero no te decía lo que querías oír. Te mostraba lo que necesitabas ver.

Vogel lo miró, y por primera vez François vio miedo en sus ojos. No miedo al mar, ni a la muerte. Miedo a sí mismo.

—¿Y ahora? —preguntó Vogel.

—Ahora trabajamos —dijo François—. Juntos.

LA TRANSFORMACIÓN

En los días siguientes, algo cambió en el ambiente. No fue inmediato, sino gradual, como una cura lenta.

Los que habían estado en el remolino ya no eran los mismos. Hablaban poco. Trabajaban mucho. Miraban al mar con respeto, no con adoración ni con terror.

Lars se acercó a Rudolf una tarde.

—Vi a mi hermano en el agua —dijo—. No me culpaba. Sólo me miraba. Como esperando algo.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Rudolf.

—Le dije que lo sentía. Que yo también había muerto ese día, solo que seguía respirando.

Rudolf no respondió. Sólo asintió.

Hasta Vogel cambió. Renunció a su autoproclamado liderazgo. Se puso a trabajar en las reparaciones más duras, las que nadie quería: limpiar los desagües obstruidos, remendar las velas más rotas.

—No lo hace por redención —comentó Hugo a Alexander—. Lo hace porque es lo único que le queda.

—Quizás sea lo mismo —respondió Alexander.

LA SEÑAL TERRIBLE

Una semana después, Elías hizo un descubrimiento al calcular sus posiciones.

—Hemos avanzado —anunció—. Más de lo que creíamos. Las corrientes nos han favorecido.

—¿Cuánto falta para las Azores? —preguntó François.

—Quizás diez días. Con buen viento, menos.

Un murmullo de esperanza recorrió el Galeón. Pero esa misma tarde, la esperanza se agrió.

Frederik y Lina, jugando otra vez en la borda, encontraron algo flotando en el agua. No eran luces. Era un barril. Y atado a él, un cuerpo.

Lo izaron con cuidado. Era un hombre, joven, vestido con ropas que no correspondían a su época: pantalones de tela áspera, una camisa con botones de hueso. En su bolsillo encontraron un diario.

Alexander lo leyó en voz alta para los reunidos:

"7 de octubre de 1793. El 'Destino' se hunde. El cometa nos alcanzó. La mitad de la tripulación perdió la memoria. La otra mitad enloqueció. He atado el último barril de agua a mi cuerpo. Si alguien encuentra esto, sepan que el cometa no fue el fin. Fue el principio. El principio de algo que aún no entendemos. Firmado: Nathaniel Wren, cirujano de abordo."

Más de un siglo antes de su propio viaje.

—No fuimos los primeros —susurró Colette—. Y quizás no seamos los últimos.

LA DECISIÓN FINAL

Esa noche, François reunió a todos en la cubierta principal. No sólo a los "diferentes", sino a todos los que quisieran escuchar.

—Hemos encontrado una prueba —dijo, mostrando el diario—. El cometa ha pasado antes. Ha transformado antes. Quizás transforme otra vez. —Hizo una pausa, mirando a las caras iluminadas por las antorchas—. Podemos llegar a las Azores. Podemos contar nuestra historia. Pero quizás nadie nos crea. O peor: quizás nos crean, y usen lo que sabemos para repetir los mismos errores con otro nombre.

—¿Qué propones? —preguntó Rudolf.

—Propongo que decidamos juntos —dijo François—. No sólo el rumbo. El propósito. ¿Para qué volvemos? ¿Sólo para sobrevivir? ¿O para algo más?

Hubo silencio. Luego, una voz habló desde atrás. Era Lena, la joven del Círculo del Atardecer.

—En Galeonlandia, no teníamos pasado. En el remolino, Vogel y los otros vieron su pasado y se congelaron de vergüenza. —Avanzó un paso—. Pero hay algo entre no recordar y ahogarse en lo que recordamos. Algo que aún no hemos probado.

—¿El qué? —preguntó Alexander.

—Aprender —dijo Lena—. No sólo del cometa. De todo. De por qué los hombres como Vogel necesitan creer en dioses. De por qué los como Lars necesitan olvidar. De por qué

los como nosotros —miró a François, a Alexander, a Rudolf— necesitan salvar a gente que no quiere ser salvada.

El aire cambió. No era inspiración, ni euforia. Era algo más profundo: reconocimiento.

—Entonces —dijo François—, no sólo navegamos hacia un puerto. Navegamos hacia una pregunta. Y cuando lleguemos, esa pregunta será nuestro verdadero destino.

LA ÚLTIMA VISIÓN

Esa noche, Alexander soñó. Soñó con el Gran Galeón llegando a un puerto moderno. Con barcos de acero, grúas, luces eléctricas. Soñó que bajaban, y la gente los miraba con curiosidad, con condescendencia, como a curiosidades de un museo.

Soñó que contaban su historia, y los periodistas tomaban notas, y los científicos los examinaban, y los religiosos debatían si eran profetas o herejes.

Y soñó que, al final del día, se sentaban en un café moderno, con tazas de porcelana fina, y se miraban unos a otros, y no tenían nada que decirse porque todo lo importante ya había quedado atrás, en el mar que ya no brillaba, en la lucha que ya no importaba, en la verdad que se había convertido en anécdota.

Despertó sudando.

Al amanecer, fue a la borda. El mar estaba calmado. Las luces azules se habían desvanecido. Sólo quedaba el agua, normal, común.

Y por primera vez desde que comenzó todo, Alexander sintió paz.

No porque el viaje hubiera terminado.

Sino porque entendió que el viaje nunca terminaría, sólo cambiaría de forma.

Y que su tarea, la tarea de todos los que habían elegido recordar, no era contar la historia.

Era vivirla de tal manera que no necesitara ser contada.

CAPÍTULO 12 EL HORIZONTE HUMANO

LA LLEGADA

El mundo que los recibió no era el que habían dejado, pero tampoco era completamente ajeno. Vila do Porto se aferraba a la costa de Santa María como un náufrago a una roca: resistente, práctico, desconfiado de lo extraordinario.

El Capitán Almeida, con su chaqueta impecable y su escepticismo bien ganado, fue su puente a esa normalidad que ya no entendían.

—Si informamos la verdad —dijo François en la reunión privada en la oficina portuaria—, nos convertirán en curiosidad científica o en locos. Quizás ambos.

—Si mienten —respondió Almeida, estudiándolos—, tendrán que vivir con esa mentira. Y las mentiras, en mi experiencia, son peores lastres que cualquier verdad.

Alexander miró a Hugo, luego a Rudolf. En sus rostros leyó la misma decisión. Habían cargado con el peso de la memoria por demasiado tiempo. Un poco más no los mataría.

—Elegimos el lastre —dijo Alexander.

Y así, François contó su historia a los periodistas: tormenta freak, sistemas fallidos, heroica supervivencia. Los titulares al día siguiente lo llamaron "EL MILAGRO DEL GALEÓN ANTIGUO". La verdad, como el pecio de un barco, se hundió en aguas profundas y tranquilas.

LA DISPERSIÓN

La despedida no fue dramática. Fue práctica, como todo en el nuevo mundo.

Colette y su grupo tomaron el primer ferry a São Miguel. La vieron reír, tomar fotos, ya curando su pasado con la goma de borrar del turismo. Habían elegido, no el olvido, sino una memoria editada y más cómoda.

Lena se quedó un mes, ayudando a los más afectados a tejer relatos coherentes de sus vidas perdidas. Un día, sin anunciarse, compró un pasaje a Lisboa. "Hay heridas —le dijo a Alexander— que sólo sanan lejos del lugar donde te lastimaron." Se había convertido, irónicamente, en la guardiana de las mentiras necesarias.

Los ex-marineros encontraron trabajo en pesqueros. El mar que los había torturado ahora los alimentaba. Era un trato justo.

Vogel desapareció una noche de luna llena. Dejó sólo una nota en la cabina de François: "Busco un remolino más pequeño. Uno que pueda navegar." François no intentó buscarlo. Algunos naufragios son elecciones.

Rudolf, Tanya y los niños se quedaron. Una familia local les ofreció un cobertizo que Rudolf convirtió en taller. La primera noche en su propia cama, Frederik preguntó: "¿Estamos en casa, papá?" Rudolf tardó en responder. "Estamos en puerto, hijo. Eso es más que suficiente."

LOS GUARDIANES

François, Alexander, Hugo y Elías alquilaron la casa en la colina. No por nostalgia, sino por perspectiva. Desde allí veían el mar que los había cambiado y el puerto que los toleraba.

Elías, el archivero obsesivo, pasaba días cruzando datos. Una tarde reunió a los demás con ojos febriles.

—El cometa de 1792 —dijo, mostrando sus notas—. El del diario de Nathaniel Wren. Los registros astronómicos coinciden. Pero hay más: en 1580, un "gran fuego en el cielo" sobre el Atlántico coincidió con la desaparición de cinco barcos españoles. En 1924, un vapor reportó "luces hipnóticas" antes de perder el rumbo por tres semanas. —Los miró—. No fuimos únicos. Fuimos… parte de un patrón.

—¿Una prueba? —preguntó Hugo.

—O un recordatorio —dijo Alexander—. Como el que mi padre intentó darme años atrás.

Recordó entonces, con una claridad que le cortó la respiración, las palabras de Fiodor en su estudio, rodeado de sus hijos descreídos:

"Ustedes me disculpan, muchachos, especialmente tú, Roberto; pero yo no puedo concebir la idea de que se nazca, o dicho de otra manera, de que se haya tenido la oportunidad de aparecer o llegar desde la oscuridad, desde la inexistencia, para estructurarse en un sistema organizado tan impresionante como lo es el Homo, a veces sapiens, solo con el objetivo de jugar al monopolio. Juego que, en ocasiones, convierte a los hombres en bestias abominables, capaces de perpetrar los más execrables crímenes contra sus congéneres y atentar contra la cultura, solo por la dominante biológica del dinero, como categoría particular del poder (meta de imbéciles). En esto no hay diferencia sustancial entre los gringos, latinos, europeos, chinos, árabes, japoneses, hindúes, africanos, etc. Y lo único que se observa como diferencia es el estilo de imbecilidad."

Entonces, a sus veinte años, le habían sonado a sermón. Ahora, después del Galeón, después de Galeonlandia, después de ver a Vogel buscar dioses en cometas y a hombres normales vender su alma por un plato de lentejas, las palabras resonaban como profecía.

—Mi padre —dijo Alexander en voz alta— tenía razón. Todo esto, todo lo que pasamos… fue sólo un microscopio. Un microscopio gigante que nos mostró la enfermedad que ya teníamos: confundir vivir con acumular, confundir ser humano con jugar al monopolio.

François asintió lentamente.

—Entonces el cometa no nos cambió —concluyó—. Sólo nos quitó la capacidad de mentirnos sobre lo que ya éramos.

EL HUNDIMIENTO

La noticia llegó cinco años después, en un sobre oficial del gobierno portugués. El Galeón, ahora una reliquia costosa y sin interés turístico, sería hundido para crear un arrecife artificial.

—Es poético —dijo Hugo—. De símbolo de la obsesión humana a guardería de peces.

—Es práctico —corrigió François, pero con una sonrisa—. Como debe ser.

La mañana del hundimiento, un grupo pequeño se reunió en el muelle. François, Alexander, Rudolf. Lena había venido desde Lisboa. Almeida, ya retirado pero con su chaqueta, estaba allí como testigo oficial y, secretamente, como amigo.

El Galeón, despojado de todo valor, flotaba como un fantasma. Pintado de blanco, parecía ya un esqueleto.

Rudolf llevaba una bolsa de lona.

—Para el viaje —dijo, mostrando una talla perfecta: una réplica en miniatura del timón, hecha de los mismos restos que habían usado para repararlo años atrás.

Un bote los llevó hasta el barco vacío. Subieron por última vez. Las cubiertas, que una vez resonaron con risas alienadas y después con gritos de supervivencia, ahora crujían sólo con sus pasos.

Rudolf se arrodilló en el sitio exacto donde estuvo el timón original y fijó su ofrenda con resina marina.

—Para que recuerde hacia dónde iba —murmuró.

De regreso al bote, miraron cómo el remolcador llevaba al Galeón a su coordenada final. Veinte millas mar adentro, donde la profundidad era suficiente para el olvido y el renacimiento.

Las cargas detonaron con un gruñido sordo. El Galeón se inclinó hacia adelante, como haciendo una reverencia final, y comenzó a hundirse. No hubo drama, sólo inevitabilidad. En tres minutos, el mar lo había tragado.

Todos contuvieron la respiración, esperando quizás un destello de luz azul, un guiño del pasado.

Sólo hubo espuma, y luego, calma.

—Ahora —dijo Lena, rompiendo el silencio— realmente somos los únicos que recordamos.

Alexander miró el círculo de agua vacía donde segundos antes había estado el barco que los había definido, los había destruido y los había rehecho.

—Mi padre —dijo, no a ellos sino al mar— decía que jugar al monopolio era la imbecilidad universal. Que éramos capaces de tanta belleza, de tanta profundidad, y nos conformábamos con acumular propiedades imaginarias en un tablero imaginario. —Hizo una pausa—. Pero él se equivocaba en algo.

Todos lo miraron.

—En el monopolio —continuó Alexander— al menos sabes que es un juego. Con reglas. Un fin. Lo nuestro… nuestra obsesión con acumular, con tener razón, con poder… lo jugamos como si fuera la vida misma. Y esa es la verdadera imbecilidad.

François puso una mano en su hombro.

—El barco ya no está —dijo—. Pero el viaje, sí.

EPÍLOGO: EL MAPA INTERIOR

Un año después

El libro de Alexander se tituló "No Monopolio: Apuntes de un náufrago en tierra firme". Lo publicó con su nombre verdadero.

En la contraportada, usaron una frase de la única reseña que importó, escrita por un filósofo alemán anciano: "Este no es un libro sobre un barco perdido. Es un mapa para no perderse a uno mismo en un mundo que te ofrece todo, excepto una razón para querer algo."

No fue un best seller. Pero cada semana, Alexander recibía una o dos cartas. De un profesor en Kyoto. De una pescadora en Noruega. De un ex-banquero en Buenos Aires. Cartas que decían, en esencia: "También yo estuve en un Galeón. Sólo que el mío tenía forma de oficina/de familia/de iglesia. Gracias por nombrar la enfermedad."

Hugo, desde el puente de un buque de investigación en el Atlántico Norte, observó en sus monitores un patrón de bioluminiscencia imposible: formaba las mismas coordenadas que los habían guiado a las Azores. Su equipo gritó de emoción, empezó a tomar muestras. Hugo observó la pantalla, sonrió, y antes de que guardaran los datos, presionó "eliminar". Algunos mensajes no son para la ciencia. Son para el alma.

François recibió una postal sin remitente. Mostraba una playa de arena negra. Al dorso, una sola línea: "El remolino aquí es sólo de espuma. —V." La envió desde un archipiélago que no aparecía en ningún atlas moderno.

Última escena

Atardecer en la casa de la colina. Alexander y François en el porche, el manuscrito definitivo cerrado sobre la mesa de ratán. Abajo, las luces de Vila do Porto comenzaban a titilar.

—¿Extrañas el miedo? —preguntó François de pronto.

Alexander consideró la pregunta.

—Extraño la claridad —dijo al fin—. En el Galeón, en lo peor, sabías exactamente cuáles eran los monstruos. Aquí… —hizo un gesto vago hacia el pueblo, hacia el mundo— los monstruos tienen traje y sonríen y te ofrecen un trato.

—Siempre fue así —dijo François—. Sólo que antes no lo veías.

Alexander asintió. Recordó la última línea que había añadido al libro, inspirada en la enseñanza de su padre que había comprendido demasiado tarde:

"La insólita odisea no termina cuando encuentras tierra. Termina cuando dejas de buscar propiedades para comprar en la costa, y empiezas, finalmente, a habitar tu propia isla interior."

El sol se hundió en el horizonte, pintando de oro el mar que había sido su cárcel, su salvación, y ahora, simplemente, su vista. Un mar que ya no prometía misterios, sólo profundidad. Y era suficiente.

Eran suficientes.

FIN

"La memoria no es un archivo. Es un mar. Y navegamos en él, no para llegar a un puerto, sino para no olvidar que somos, ante todo, navegantes."

— Del diario de Alexander Fiodorovich

EPÍLOGO: PARA EL LECTOR

Tú también estás en un barco.

No lo sientes moverse.
Pero se mueve.

107,000 km/h alrededor del sol.
790,000 km/h alrededor del centro galáctico.

Y hacia algo.
Siempre hacia algo.

La pregunta no es si el barco navega.
La pregunta es:
¿Tú miras al timón?
¿O solo bailas en cubierta?

No tienes que ser héroe.
Solo tienes que ser…
Despierto.

Porque en este Galeón Terrestre…
Cada mirada al cielo cuenta.
Cada pregunta incómoda importa.
Cada bitácora personal…
Es una brújula colectiva.

El cometa ya vino.
Se llama distracción.
Se llama olvido.
Se llama presente eterno.

Y la cura…
La cura se llama tú.
Pensando.

Recordando.

Mirando más allá.

Bienvenido a bordo.

Hay mucho por hacer.

Y el horizonte…

El horizonte espera.

FERNANDO ORTIZ M.

Guayaquil, 1998-2025

NOTA DEL AUTOR

Esta novela comenzó como un cuento corto en 1998. Con los años, fue creciendo, transformándose, adquiriendo capas. La versión que tienes en tus manos es la culminación de veinticinco años de reflexión sobre nuestra condición humana en un universo indiferente.

No es un libro pesimista. Es un libro realista. Con esperanza. Porque la esperanza, cuando está basada en la verdad, es la única que vale la pena.

Gracias por leer. Ahora, la pregunta es tuya:

¿Bailas o navegas?

LA SEGUNDA TENTACIÓN

Vino del bergantín. O más precisamente, de lo que encontraron en el bergantín.